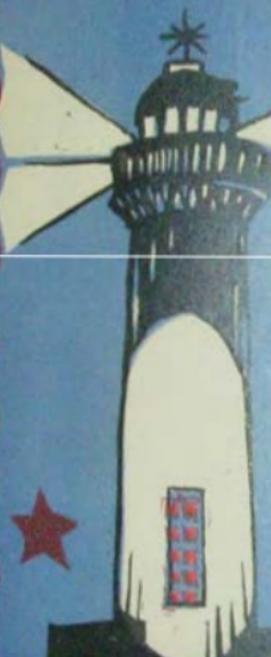
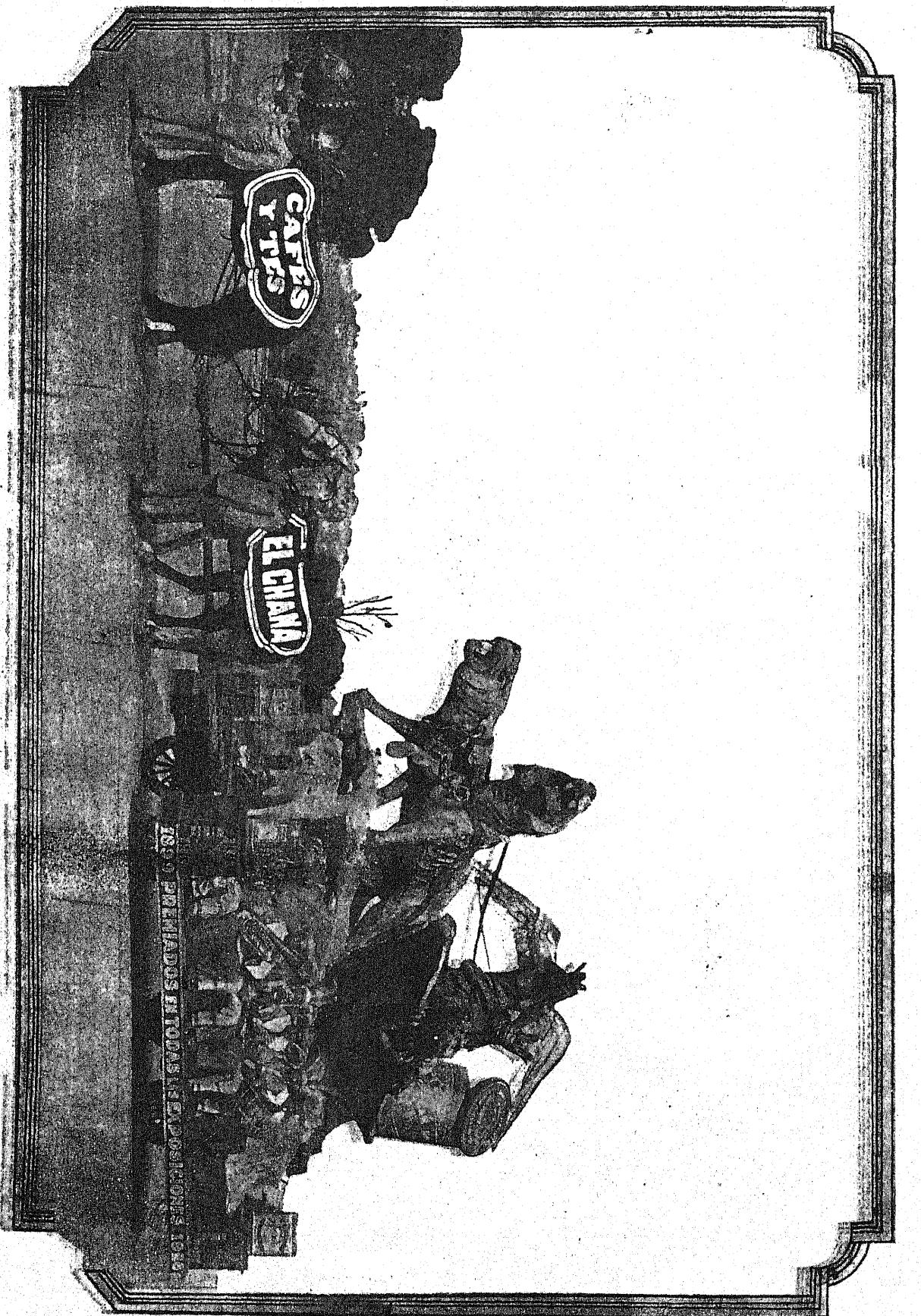


لـ دـ عـ اـ لـ سـ





AÑO II

MONTEVIDEO, FEBRERO DE 1926

N.º 11

LA CRUZ DEL CVM

REVISTA MENSUAL DE ARTE E IDEAS

NUESTRO PROGRAMA ES NUESTRA OBRA

Director:

ALBERTO LASPLACES

Sec. de Redacción :

JUAN MARIO MAGALLANES

Administrador:

ANTONIO RODRÍGUEZ VARELA

Director artístico:

FEDERICO LANAU

S U M A R I O

| | |
|---|-----------------------------|
| El ángulo visual de nuestra enseñanza es mucho más estrecho que el ángulo vocacional de la vida | Clemente Estable |
| Un lagarto — Versos | José María Delgado |
| Agua fuerte — Versos | Carlos María Onetti |
| Los negros | Ildefonso Pereda Valdés |
| ¡Papá! hay un negro | José Pedro Bellán |
| Puertos — Versos | Gilberto Gaetano Fabregat |
| Concreciones | Carlos Benvenuto |
| Rubén Darío | Alberto Lasplaces |
| Cantares de mujeres | Francisco Espinola |
| Gromos — Una lección — Efectos | Juan Mario Magallanes |
| Melancolía—Versos | Cipriano Santiago Viturelra |
| Las «estilizaciones» de Dardo Salguero de la Hanty | Gervasio Guillot Muñoz |
| La cantárida roja de una boca de mujer | Juan M. Filartigas |
| Yatay, chicho!! | Isidro Más de Ayala |
| Libros recibidos — Páginas de los buenos libros — Notas y comentarios. | |
| Bateau ivre | Arthur Rimbaud |
| Jean Nicolas Arthur Rimbaud | Alvaro Guillot Muñoz |

DIBUJOS

| | |
|---|----------------------------|
| Carátula | Ada Frisch |
| Los negros | Maria Clemencia |
| Puertos | Nicolás Urta |
| Pedro Figari | Dardo Salguero de la Hanty |
| Macedonio Fernández | " " " " |
| Brandán Carafa | " " " " |
| Portrait de M. Alvaro Guillot Muñoz — Bois de | Melchor Méndez Magariños |

EL ANGULO VISUAL DE NUESTRA ENSEÑANZA ES MUCHO MAS ESTRECHO QUE EL ANGULO VOCACIONAL DE LA VIDA

NECESIDAD DE FACULTADES PARA ESTUDIOS DESINTERESADOS Y PARA LA FORMACION DE PROFESORES.

Cuando se descubre una cabeza bien dotada es cuando realmente se descubre un monumento nacional, no cuando se descubre un mármol.

El descubrimiento de los hombres es el más grande descubrimiento de un país: «hay que salvar para la prosperidad y enaltecimiento patrios, todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia», según el noble decir del incomparable maestro hispano.

Cada vez más se va comprendiendo que la vocación constituye el mejor arado para roturar los campos del cerebro y que es fundamento de toda reforma substancial y duradera de la enseñanza. No de otro modo se llega al subsuelo de la cultura en la geología interior. Ciertamente que es mucha la maleza a desbrozar, pero esto tiene traducción unívoca en el lenguaje de los labriegos: *hay trabajo*.

La vocación es actualmente el norte del movimiento pedagógico de mayor transcendencia en países conscientes y celosos administradores de su capital físico y mental.

La capacidad creadora de una nación llegaría al máximo cuando todos sus ciudadanos ejercitasesen, con preferencia, sus aptitudes dominantes.

Fuera de peregrinas excepciones, la producción original es obra de los especialistas sobre la base de la vocación, que desgraciadamente no es lo mismo que sobre la base de la profesión, aunque debiera serlo.

Sin la porfiada labor de los polarizados, no hay más que *dilettantes* (variedad humana similar a esos escarabajos sagrados de última hora, que simulando colaboran en el movimiento de la esfera asisten al banquete).

¿Y qué hacemos nosotros para favorecer la revelación de los cerebros y para evitar que los revelados por convulsa erupción del fuego central queden sepultos en la propia lava?

El ángulo abierto a las posibilidades vocacionales es estrechísimo en nuestra enseñanza universitaria. Quien quiera hacer ciencia por la ciencia misma—vaya en vía de ejemplo—tiene que hacerse primero profesional, pero cuando se es profesional, ya no se quiere hacer ciencia por la ciencia misma. Esa es la regla. De manera que una Universidad destinada toda ella a formar profesionales no sólo está herméticamente cerrada a muchas vocaciones superiores, sino que suele descaminarlas.

Los intelectuales europeos no se explican que nosotros carezcamos de facultades de Ciencias, Filosofía y Letras. Al enterarse de ésto, el concepto que de nuestra cultura se estaban forjando, va plano inclinado abajo: *un país vive tanto más de la repetición servil y de la confusión mental cuanto menos especialistas tiene*.

Todos invaden todo cuando nadie sabe nada y en la cerrazón, se exalta la audacia de los trastnochadores...

El torpe estribillo «no hay ambiente» para las facultades de Ciencias, Filosofía y Letras nos hace enorme daño, hiriendo nuestra dignidad de nación civilizada y emprendedora: es el índice de un atraso y la declaración plañidera de una voluntad puesta de hinojos.

Y ahora hablemos solamente de la Facultad de Ciencias.

¿De veras en el Uruguay «no hay ambiente» para una Facultad de Ciencias? Nuestro país sería, entonces, uno de los países más retardados del mundo...

¿Es que nuestro medio es intelectualmente inferior al medio de la Argentina, de Chile, del Perú...?

¿Es que Montevideo, capital de nación, está a un nivel cultural más bajo que Córdoba y Santa Fe, capitales de provincias aun adolescentes?

He ahí lo que en definitiva afirma el legislador que se opone a la creación de una Facultad de Ciencias en nuestro país, con el dogma «no hay ambiente».

¿Y cuál es el ambiente para una Facultad de Ciencias? He ahí una cuestión previa.

Desde luego, notemos que todo organismo de cultura, por su poder modificador, lleva en sí una potencialidad de ambiente, como fosforescencia de su propia substancia, y que no debe encerrarse en un cuadro primitivo, porque su función es precisamente mejorar el medio.

Dos cosas cabe preguntarse al analizar el contenido del dogma «no hay ambiente», tantas veces repetido por nuestros profetas de mal agüero y tan religiosamente respetado por quienes todo lo esperan de Alá: es la primera ¿una Facultad de Ciencias, en el Uruguay, tendría profesores y alumnos?; y es la segunda ¿qué destino reservaría el porvenir a sus egresados?

Una de las rémoras del progreso es querer resolver todo *a priori*, con máxima comodidad, sin arquitecturar el pensamiento con los datos de la experiencia directa, como si nuestra cabeza fuese el único granero de la Naturaleza...

Solo un alucinado repetiría hoy esta afirmación del filósofo de Priene: *todo lo traigo conmigo*.

Hay que ensayar y juzgar *a posteriori*. Es lo menos que debe hacerse si no queremos retardarnos, en el camino del progreso, con la muletilla «no hay ambiente», como si fuéramos paralíticos.

¿Que sabemos nosotros de las vocaciones por la Ciencia pura, si nuestros organismos universitarios aun carecen del órgano fotógeno para descubrirlas, del centro de gravedad para atraerlas y de la rosa de los vientos para orientarlas?

Nuestros investigadores de la Ciencia desinteresada, son escasísimos, entre otras razones, porque emigran o porque no resisten vegetar a duras

penas... Son muy excepcionales las vocaciones acompañadas de la «vocación por la miseria».

Hay hombres; lo que no hay son instituciones que permitan dedicarse a las investigaciones científicas.

Una pregunta muy humana nos sale al atajo: *¿para qué sirve?*

Ciertamente, el hombre debe esforzarse por colmar las necesidades del hombre, pero el *¿para qué sirve?* sólo es legítimo como acicate de la voluntad, nunca como inhibidor: son innumerables las veces que saltando por encima del *¿para qué sirve?* es como mejor se responde al imperativo de las necesidades humanas.

Hanssen, inventor del microscopio; Hooke, descubridor de la célula, y Leeuwenhoek y Malpighi y Spallanzani y Virchow... hubieran sido desterrados de una república en cuya constitución fuese ley primera, primer mandamiento, un *¿para qué sirve?* como único canalizador de las energías del hombre. Y hoy, qué valor humano, práctico, no tienen los estudios microscópicos en general, y microbiológicos en especial!

Según refiere Pasteur en uno de sus discursos, cuando Morse hizo pública demostración de su célebre aparato, preguntó un espectador ocioso, con acento despectivo, *¿eso para qué sirve?*, a la cual pregunta respondió Franklin con esta penetrante contrapregunta: *¿y para qué sirve un recién nacido?*

¡Quién iba a imaginarse que aquel aparato de Morse, que entonces era como un juguete de inventor, llegaría a significar tanto en el progreso humano!

Misión muy importante de la Facultad de Ciencias sería la formación del profesorado de Segunda Enseñanza, Institutos Normales y Preparatorios.

Sin cariño por lo que se enseña, sin profesores con vocación, toda enseñanza está minada de defectos incorregibles y toda reforma no pasará de pesadas confecciones de programas, de complicaciones inútiles a favor de una práctica teórica: vista en escorzo de los hechos.

En el Instituto Escuela de la Junta de Ampliación de Estudios, cuyo presidente es Cajal,

el profesor de Segunda Enseñanza es un licenciado en la materia respectiva, que ha hecho práctica pedagógica con el profesor titular.

En muchos países (Alemania, Francia, Holanda, etc.) los profesores de Segunda Enseñanza obtienen su preparación en las facultades de Ciencias, Filosofía y Letras.

En Italia hay dos categorías de licenciados: 1.º, los destinados a la investigación, los cuales tienen que realizar labor original para doctorarse; y 2.º, los destinados a la enseñanza, que son los que completan sus cursos en la Escuela Superior del Magisterio, y solo se les exige tesis de erudición.

Hay otro camino: crear una Facultad para Profesores. Es lo que se ha hecho, por ejemplo, en la Argentina y lo que han aconsejado, entre nosotros, Samonati, Schinca y Mezzera.

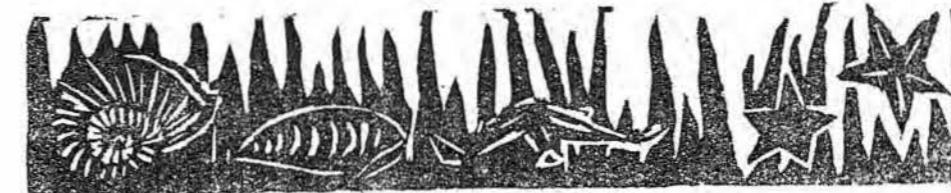
Plausible iniciativa la de los autores suscritos y serios sus fundamentos. Pero nosotros opinamos que los organismos de especialización de cuyo seno saldrían investigadores y profesores, responden mejor a nuestras necesidades de cultura y a los fines superiores de la enseñanza: una *Facultad para Profesores* tendría que contener todas las facultades, sino estaría vacía de la materia misma de la enseñanza; y reunir todos los estudios de todas las facultades en una sola es llevar a la Facultad un enciclopedismo superficial. Dudamos mucho de que así pudieramos tener profesores verdaderamente encariñados con lo que enseñan (el amor por las ideas brota, como el agua, cuando se horada hondo).

En el supuesto de que alguna vez no hubiese alumnos en la Facultad de Ciencias, quedaría justificado su sostenimiento con la producción científica de los profesores.

El reglamento cabe en una línea: *quién no publica trabajos con algún contenido original, queda cesante sin proceso ni apelación*.

El mejor doctorado es el de San Agustín: *Circulus et calamus fecerunt me doctorem* con la variante *Laboratorium et calamus...*

CLEMENTE ESTABLE.



UN LAGARTO

Lo traje de una estancia.
Estaba al sol de Enero tendido sobre las yerbas.
Fúlgido, inmóvil, como una joya del campo.
Tuve sed mala,
Codicié su belleza;
Me bajé del caballo, velé mis pasos
Y le atravesé el pecho con una bala.
Mía fué la joya del campo.
Le puse entrañas de estopa, ojos de vidrio,
Y a la ciudad la traje para ostentarla sobre mi mesa.

Ayer el frío
Vió jugar rosas vivas entre mi huerta.
Mala codicia tuvo,
Junto a la tapia su yegua polar detuvo,
Apeóse, sigiló el paso, saltó la cerca,
Y, de improviso, hirióme la más risueña,
Que era tambien la más mía, la más sensible, la más pequeña.

Se me cayeron los brazos y la cabeza
En un derrumbe de piedra sobre la mesa.
Cuando elevé la frente,
Vi dos pupilas de vidrio fijas, acerbas,
Y un inmóvil lagarto que me decía:
Recuerde, hombre. Yo estaba un día
Tomando sol tendido sobre las yerbas....

JOSE MARÍA DELGADO.

A-GUA FUERTE

La esfinge no responde
la interroga la ciencia, la interroga el amor.
La esfinge no responde:
el todopoderoso talismán se perdió.

En vano la interroga:
los herméticos labios no dicen si ni no.
En vano la interroga...
Nadie jamás los sones de su garganta oyó.

Pasaron caravanas
y uno por uno—airado o suave—preguntó.
Pasaron caravanas
y tras su paso innúmero el silencio quedó.

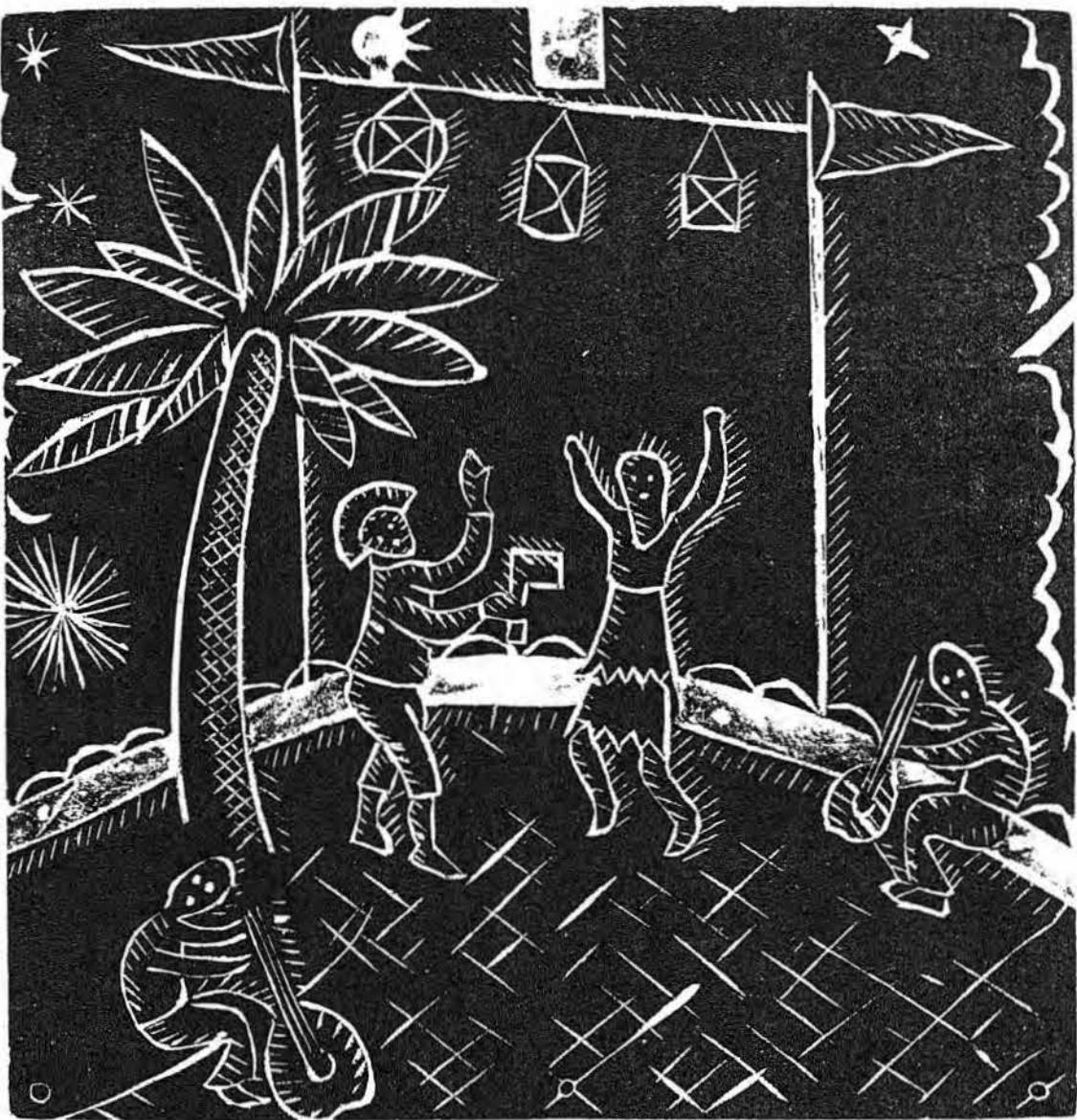
Un milagro divino
junto a la esfinge muda hizo abrir una flor;
un milagro divino
puso en los ojos pétreos el destello del sol.

Movió los labios fríos:
la flor irguióse trémula y a su altura llegó.
Movió los labios fríos;
mas como arrepintiéndose, la mudez conservó.

Aun hoy la esfinge helada
con su callar ahonda el desierto feroz.
Aun hoy la esfinge helada
no contesta a la risa ni responde al dolor.

CARLOS MARÍA ONETTI.

LOS NEGROS



— En que paisaje del trópico he visto a los negros que me visitaron en sueños, trayendo sandías partidas en las manos y abalorios de cachivachería? — En que tela de Figari? — En qué recuerdo de la infancia? — Tal vez, los vi, cuando una negra vieja que teníamos en casa, me arrastraba del brazo, con indolencia criolla, hasta la Plaza: el lugar de las hamacas y de los juegos infantiles. Ultimamente, oí en la ciudad de Rocha, a dos negros cantores: «dos negros con dos guitarras», que se iban en preparativos y floreos. Todos estos recuerdos se me enredaron, al contemplar este grabado tan lindo, de María Clemencia frente al cual he sentido la necesidad de decir algo sobre los negros.

— Qué representan los negros en el arte? — Desde cuando se les ha facilitado carta de ciudadanía y se les permite inspirar seriamente a los artistas?

— Ha sido una conquista de los negros o entrometimiento? Sabido, es que generalmente se dice: «más metido que un negro» o «cosa de negro», para expresar los deslices en que incurren éstos, amenudo.

Yo creo que los negros han conquistado un lu-

gar en el arte por derecho propio. — No existe, acaso, un arte negro? Los cubistas se entusiasmaron con sus esculturas en madera y Apollinaire, gustaba rodearse de sus fetiches de ébano, como de amuletos para la buena suerte! De ese arte salvático surgió toda una nueva concepción de los planos y del relieve!

En América, han aparecido apadrinados, los negros, por el venturoso pintor de barba cana, Don Pedro Figari y por el mejicano Covarrubias, con sus negros Jazbánicos. Han vuelto en forma de recuerdos, de evocaciones, sueños de edades pre-térmitas. Vestidos de candombe y contorsionándose en morisquetas, atraviesan la ciudad, con sus tambores largos, en donde el borocotó suena con africano temblor.

Emigran del más tropical de nuestros sueños, a la realidad, de esos negros que hoy apenas se pueden ver perdidos en medio de tanta blancura, urbanizados y sin color local, que son tan solo unos puntitos en el tablado de Ajedrez de la ciudad.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS

¡PAPÁ!... HAY UN NEGRO...

Perucho acaba de cumplir sus cuatro años. Es una criatura hermosa, grandota, vivísima, un incansable charlatán, buen pronunciador, travieso hasta ser temible. Tiene una cabellera rubia, lacia, que le cae hasta el cuello, ojos azules, serenísimos, el rostro suave y correcto. La madre le viste con ropas de colores vivos, generalmente el rojo o el verde.

El nene entró en el escritorio donde su padre trabaja y dijo con un acento de misterio:

—Papá, papá!... hay un negro!... —El padre no oye. Está absorto en su tarea. Perucho aguarda un instante. Luego, tironeando de un brazo al hombre, insiste: ¡Un negro, papá, hay un negro!... —El padre se vuelve lentamente hacia él, lo observa en silencio y sonríe. En seguida le pregunta:

—¿Qué quieres?
—Hay un negro.
—¿Dónde?

—En el cuartito.—El cuartito era una cámara obscura, destinada también, cuando el caso lo requería, para realizar análisis químicos. Estaba llena de frascos, tubos, retortas y placas. Por precaución, para evitar que el nene hiciese sus experimentos, rompiendo y mezclando, la puerta estaba siempre con la llave echada. Perucho sentía por ese cuartito una invencible atracción que manifestaba en mil preguntas. Una mañana, el padre, se disponía a revelar unas placas. Perucho quiso entrar. Lloró, pataleó, se tiraba de los pelos, convulsivo, rabioso. Hubo que hacerle el gusto. La madre lo cargó y entraron. Pero la oscuridad lo hizo enmudecer, la luz roja le estremeció. Tuvo miedo. Se abrazó desesperadamente del cuello de la madre y dió un grito estridente. Se apresuraron a salir de la cámara y la señora aprovechó aquella impresión, diciéndole:

—No ves, mi hijito!... Ahí sólo puede entrar papá.

Perucho soñaba con aquella habitación. Cuando pasaba frente a ella se mostraba excitado y se alejaba corriendo. Pero fué perdiendo el miedo. Una vez tomó una silla, se paró sobre el asiento y pretendió mirar por la cerradura. En la hora de la siesta, cuando por cualquier motivo no podía conciliar el sueño, majadereaba y repetía hasta quedarse dormido: Yo quiero entrar, yo quiero entrar... Aquella tarde, Marica la sirvienta, había hecho una limpieza general en la cámara. Perucho, que recién se levantaba, vió la puerta abierta y corrió. Marica lo detuvo desde lejos:

—No Perucho.—Pero él preguntó:
—A que entro?—Siempre que deseaba hacer algo que no era del agrado de sus mayores, hablaba en un tono de pregunta y llevaba a cabo la acción sin esperar que le dijeran sí o no. Cuando quería salir a la calle, decía: A que salgo a la calle? y ya estaba en ella; a que tomo ese vino? y se lo tomaba—A que le pego al gato?—y le pegaba. La sirvienta que, en esos momentos atendía a un proveedor, volvió a gritar:

—No, no entres.
—A que entro?—Entonces, Marica, sabiendo lo que significaba aquella pregunta, le dijo:

—No entres que hay un negro.

—Un qué?..

—Un negro!... El no sabía cómo era un negro, posiblemente nunca había visto uno. Pero asombrado, enarcó las cejas y salió corriendo a contarle a su padre.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí...

—¿Quién te dijo?

—Me dijo Marica.

—Dile que yo la llamo.—A poco reapareció Perucho trayendo a la sirvienta.

—Vd. le dijo a Perucho que en la cámara había un negro?

—Ay!.. sí, señor!..

—Hizo mal. Ya sabe que no me gusta que le asusten.

—Ay!.. señor.. si no le hubiera dicho eso, ya tenía Vd. todo roto en el cuartito.

—Bueno: yo no quiero que lo diga Vd. más. Y dirigiéndose a su hijo, continuó:—anda a jugar. Allí, en el cuartito no hay ningún negro. Además, los negros, son personas como nosotros. No hay que tenerles miedo. Conque.. ya sabes: no hay ningún negro.

—Sí que hay—y miraba a la sirvienta pidiendo ayuda.

—He dicho que no. Anda. Y Vd. tenga cuidado Marica: no me gustan esas cosas.

—Sí señor, sí..—El padre volvió a quedar solo, en su escritorio.

Algunos días después, a la hora del almuerzo, sonó el llamador de la puerta de calle.

—Marica... están llamando. Vaya a ver quién es.

Perucho dijo:

—Es el negro!

—No seas tonto, Perucho. ¿Qué te dijo papá?

No hay ningún negro.

—Sí que hay.—Madre e hijo discutieron durante toda la hora de la comida. Y de esta discusión la madre salió dudando. Aguardó el momento de la siesta y cuando el nene se durmió, fué a la cocina y en voz baja, misteriosamente, le dijo a la sirvienta:

—Diga, Marica: en aquella tarde del negro, Vd. vió o no vió nada, diga la verdad.

—No, señora, no vi nada.

—¿Está segura?

—Sí, señora segurísima, digo, yo creo... Sólo que hubiera entrado sin que yo lo viese...

—Cómo entrado...

—Digo... pero yo no vi nada. —Medió una pausa.

—Hay que tener cuidado con la puerta de calle, Marica. Vd. es muy confiada.

Unos días después, el matrimonio buscaba en el escritorio, unos apuntes importantes.

—Yo no me explico—decía la señora.—Estaban aquí, en este cajón. Yo los vi, ayer.

—Pero entonces, cómo diablo desaparecieron?..

Perucho dijo seriamente:

—Los agarró el negro.—El padre cesó de buscar y miro a su hijo. Empezaba a preocuparle aquella rara insistencia del pequeño.

—Dime: ¿no te he dicho muchas veces que no hay ningún negro? Responde.—Perucho intimidado por la autoridad paterna, callaba. Entonces, el padre, pensó que, acaso no fuera conveniente mostrarse severo. Sonrió y jugueteando continuó:—Tú dices que sí y yo digo que no. —Te juego a que no hay nada?—Perucho reaccionó.

—Te juego a que sí.

—A que no.

—A que sí.

—Veamos: ¿dónde está el negro?

—En el cuartito.

—Vamos allá. Ven.—Llegaron hasta el cuartito. El padre abrió la puerta, abrió una ventana.—Entra.—Pero él vacilaba. Se había detenido a la entrada y alargaba el cuello sin animarse a avanzar.

—No tengas miedo. Entrá.—Perucho obedeció. Pasó a paso, volviéndose a cada instante para observar la puerta, llegó hasta el centro de la cámara. Y en su cara de rosa y miel, en sus facciones perfectas, en el azul de sus ojos serenísimos, saltaba como una mancha la inquietud.—¿Dónde dices tú que está? Ves algo acaso? Habla.—Perucho observaba en los ángulos de la habitación, en el techo, bajo las mesas. El padre le tomó en sus brazos. Siempre en silencio, siguió observando. Miraba en los frascos, en los tubos, en las cubetas. Al descubrir la bombita exclamó:

—Ahí!..

—¿Aquí?..

—Sí..—El padre se puso a reír.

—Pero mi hijito!.. si esto es una bombita para la luz. ¿Ves?.. doy vuelta esta llave y la lámpara se enciende. Mira.—Perucho sufrió un ligero sobresalto, pero concluyó por sonreír. —¿Estás conforme ahora? ¿No ves que no hay ningún negro?..

—No hay?.. repuso desilusionado.

—No hay nada, mi hijito, no hay nada.—Y salieron del cuartito, alegre el padre, un poco triste el pequeño. Pasaron unos días. El marido preguntaba a la mujer:

—Perucho te habló del negro?

—No.

—A mí tampoco. La cosa va bien. Era necesario destruir ese extraño personaje. Para la salud mental de los niños esas fantasías son peligrosísimas. Antes que nada me gusta que sepan que dos y dos forman cuatro, ni un poco más ni un poco menos.—Pero una mañana, Perucho entró en el escritorio se acercó a su padre y le dió unos cuantos tirones de la bata.

—Qué quieres?—le preguntó sin dejar de escribir.

—Lo vi.

—A quién?

—Al negro.

—Otra vez, mi hijito, otra vez!.. exclamó el señor profundamente acongojado. El nene inclinó la cabeza hacia adelante como un culpable que no se atreve a negar. Hubo un silencio.—Dices que lo viste?

—Sí.

—Dónde?..

—En el cuartito.

—Cómo es?

—Es grande como la casa.

—Tú no has visto nada—replicó el padre con

enojo.—tú no has visto nada porque no hay nada. Tú no piensas que si fuera grande como la casa no podría caber en el cuartito.—Iba a seguir razonando, pero se detuvo, algo confuso y avergonzado.—Mira iremos hasta la cámara—dijo poniéndose de pie.—Allí te convencerás.

—No, no quiero.

—Sí vamos.

—No, no...—y empezó a gemir y a patalear. Llegó la madre.

—Qué ocurre?

—Otra vez lo del negro!..—dijo el padre desconsolado.

—Ave María!.. pero qué le ha dado a este chico Hijo mío ¿por qué dices que hay un negro, por qué?

—Porque yo lo vi—contestó con íntima alegría.

—Di la verdad, Perucho.

—Lo vi, sí, lo vi.

—Y cómo era?

—Grande como la casa.

—Ya sé, pero.. tenía piernas?

—Sí..—respondió un poco desorientado. En realidad, lo único que sabía de cierto en cuanto al negro era en lo que se refería a su tamaño. Perucho faltaba a la verdad al hablar de las piernas. Obligado a concretar, a dar forma humana a aquel fantasma, del cual sólo sabía que era más grande que toda la casa, le llevaba a mentir, como sólo es capaz de mentir un niño.

—Y que más?

—Tiene un gorro verde.—Iba a continuar, pero el padre se rió y entonces se negó a hablar.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Perucho continuaba dándole forma a su negro. Le hizo brazos, cabeza, ojos y boca. El negro era un gigante, capaz de realizar todos los anhelos de Perucho y la única persona ante la cual sentía miedo y respeto.

Cuando no podía obtener algo por sus propios medios, pensaba en el negro. Como todos los varones amaba la calle. Al menor descuido de los padres y de la sirvienta, se escapaba. Por este motivo, el padre había llamado al Guardia Civil, quien amenazó con llevarse al nene en cuanto lo pescase. Pero ahora que tenía al negro, Perucho se mostraba audaz. Volvió a escaparse y cuando el Guardia Civil se acercaba, Perucho ganaba el zaguán y trás la puerta de cancel, observaba al representante de la autoridad, insolentemente, seguro de que, en cuanto lo quisiese, el negro saldría en su ayuda. ¡Con la fuerza que tenía!.. Era capaz de levantar una mesa. Su estatura le permitía tocar fácilmente el timbre de la puerta, tomar la fruta y los dulces que siempre dejaban en la parte más alta de los muebles. En sus juegos con los otros niños, cuando Perucho no lograba con sus mañas y sus puños, imponer su voluntad, se acordaba del negro. Una tarde riñó con una niña, tres años mayor que él. Perucho cerró los puños y pegó, pero la niña se le prendió de la melena y empeñó a tirar de ella como de una cuerda. Vendido por el dolor, abandonó la lucha lagrimeando. De pronto recordó.—Ahora..—dijo—ahora le dirá al negro!..—Puso en su voz un acento de amenaza tan temible que la niña se echó a llorar y tomándolo de una mano le rogó que no dijera nada. Porque

todos los amiguitos de Perucho conocían la existencia de este negro, cuyas hazañas le habían hecho famoso.

Los niños tienen sus horas de recogimiento espiritual. Después de los juegos gustan reunirse y cada uno refiere un cuento. Ante estas ruedas silenciosas, Perucho relataba la vida de su héroe. En su actitud, en su gesto, en su ademán, aparecía como un demiurgo ante la admiración y el asombro de sus compañeros. De pronto callaban y se ponía a escuchar. Una onda de frío estremecía la rueda.

—¡Oyen!...—decía indicando la cámara obscura. Y se acercaba a ella, paso a paso, pisando en la punta de los pies. Los demás, obedeciendo a su llamado, lo seguían.

Perucho aplicaba el oído junto a la puerta e invitaba a sus compañeros a que hiciesen lo mismo.—Está durmiendo—decía—está durmiendo.—Cada uno, a su turno, comprobaba esta verdad. A veces el ogro no dormía. Se le oía mover. Entonces los niños se alejaban temerosos.

El padre de Perucho se mostraba alarmado. El exceso de fantasía de su hijo le producía una viva inquietud. Todos sus esfuerzos para destruir aquel fantasma habían resultado inútiles. Sin embargo durante un almuerzo se le ocurrió decir:

—Perucho: ¿ a que no sabes a quién vi hoy?
—A quién?
—Al negro.—El nene creyó oír mal.
—A quién?

—Al negro. Lo ví hoy de mañana—continuó diciendo el padre, como quien refiere un incidente sin importancia. Perucho no pestañeaba. Parecía recapacitar. Después dijo con aplomo:

—No. No lo viste.
—Te digo que sí.
—Dónde?..

—En el cuartito. Estaba comiendo cuando yo entré.—Un nuevo silencio. Perucho se vuelve para mirar a su madre, quien, indecisa, añade:

—Sí, mi hijo, hoy lo vimos.
—No, no lo vieron.

—Te digo que sí—afirma el padre. Perucho se muestra descorazonado. Quisiera responder algo, pero no atina a expresarse. Parece un cristal empañado.

Al día siguiente, la sirvienta, cumpliendo órdenes, después de efectuar la limpieza de la cámara obscura, dejó abiertas, puertas y ventana. Perucho permanecía inmóvil ante la entrada libre por donde pasaba el sol. Marica le dijo:

—No entres Perucho, porque el negro está enojado. Hoy lo vi.

—Mentira—contestó resueltamente.

—Te digo que lo vi. Estaba acostado bajo la mesa.—Perucho palideció. Luego cerró los puños y atropellando a la sirvienta empezó a golpearla en los muslos al mismo tiempo que gritaba:

—No, no visto nada. Mentira, mentira!...—Estaba exuditísimo y exigió que cerraran el cuartito. El padre tuvo que cargarlo y se le llevó al escritorio. Se tranquilizó al cabo de un rato. Un libro de estampas logró hacerle olvidar su encono.

Pasó una semana. El cuartito había dejado de ser el cubil de la fiera. Permanecía abierto como las demás habitaciones. Perucho podía entrar en él siempre que lo quisiese. En el breve espacio de dos días rompió una retorta, tres tubos y lavó al Perrito en la pileta donde se bañaban las placas fotográficas.

Ahora, en la casa, todos veían al negro. Hasta el panadero, al regalarle unos bizcochos le dijo:

—Toma para el negro.—Perucho callaba. No obstante la inquietud y la alegría de sus años, por momentos manifestaba una repentina tristeza. Se negaba a hablar y ganaba los rincones donde solían encontrarlo dormido. Lo creyeron enfermo y se llamó a un médico, quien afirmó que el nene se hallaba en perfectas condiciones de salud.

Una tarde la señora oyó el llanto de su hijo. Echó a correr, llamándolo a gritos:

—Perucho, Perucho!...—Lo descubrió en el cuartito. Bajo una mesa, tendido a lo largo, el rostro contra el piso, lloraba dolorosamente. La madre lo tomó en sus brazos y cubriéndolo de besos, bebiéndole las lágrimas, la hacía mil preguntas.—Dime: ¿ por qué lloras? ¿ Estás enfermo? ¿ Te caíste? Por qué lloras nene mío?...—Perucho abandonó la cabeza sobre el cuello materno y dijo ahogado por la pena:

—El negro se fué, mamita, el negro se fué!...

JOSÉ PEDRO BELLÁN.

PUERTOS

DEL LIBRO PUERTOS EN PREPARACIÓN

Noche de Enero sobre las terrazas blancas;
bóveda trepidante en que un creciente nuevo
es el casco afilado de un esquife
en cuyo palo único
ingrávido de sombra
el punto de una estrella como fanal se enciende;
¡ Oh la noche nimbada de la ciudad dormida
vaporizada sobre los altos techos!

Hay una calma tibia,
un silencio mezclado de diafanidades,
aromado de recomienzos;
el eco de los ritmos sobre los horizontes
eleva hacia el zenit un arco distendido,
mientras el sueño navegante
hace sus singladuras
a través del desierto ilimitado.

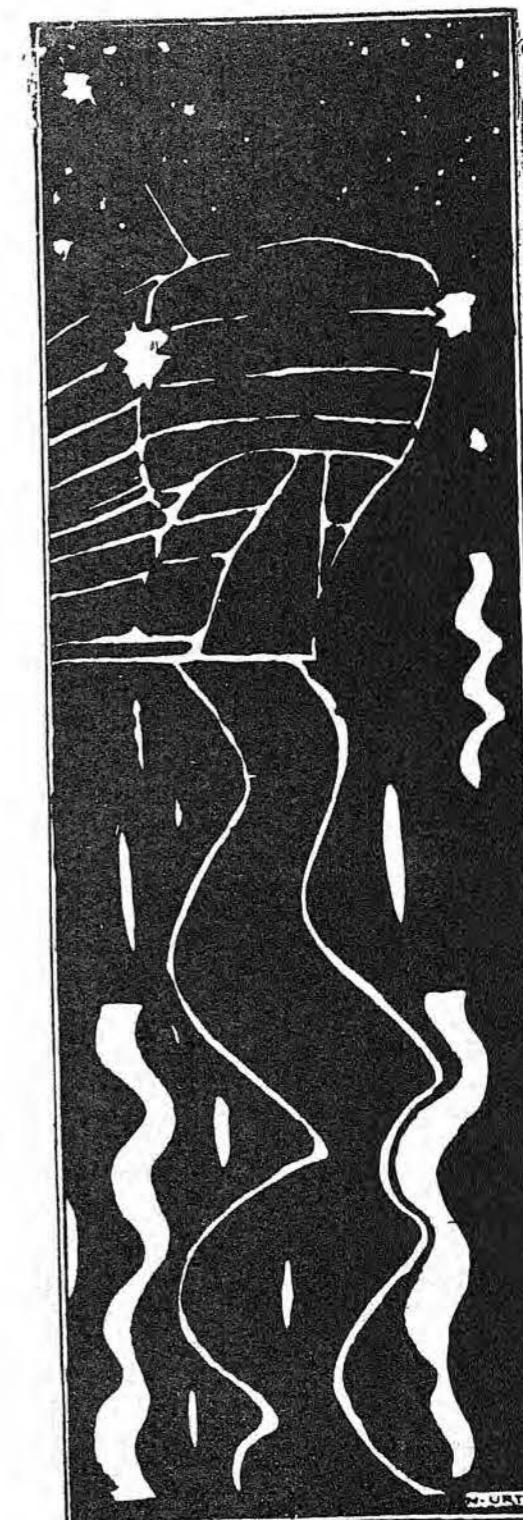
Allá lejos
sobre los muros de las altas terrazas
flotan estelares mutaciones;
los desembarcaderos del puerto
ultramarianos,
duermen como las hélices
en las ondas calmadas y mecidas,
son como los ponientes que vuelcan las nostalgias.

En los claros derroteros
hay una lentitud de geórgiga marina
que acaricia los flancos de los barcos
con reminiscencias ecuatoriales,
un vértigo de lo desconocido
sellado con la rosa de los vientos
en hondos altos cielos
indefinidos.

Los grandes lebreles trasatlánticos
son bajo la noche
luminosos y fugaces archipiélagos,
caídas constelaciones
en los cuadrantes del océano,
insectos verdes y llameantes de las selvas del agua
que atrapan con sus antenas prolongadas
los radiogramas naturales.

Delicia reposada de extenderme
como en la cubierta de un yacht
frente a los panoramas titilantes,
desplazados,
sobre los buques anchos fondeados en los muelles
cargados de frutas y maderas
mientras hay en suspeso una llamada
de próximas partidas sin retorno.

Lasitud encantada
escuchar como llega de lejos
el bordoneo de las guitarras y los banjos
de algún café de marineros,
mientras la noche como un arcángel mudo
que despliega sus alas de sombra
donde brillan los signos
hace más lento el mar de las miradas.



Noche toda nimbada sobre los altos techos!
es tiempo de cerrar los libros que leímos
para perderte ; alma!,
acá sólo se atardan el sueño y el olvido;
en las playas antípodas
la nave diurna ha echado las anclas de sus rayos;
es tiempo de encender allá abajo las lámparas
donde danzan y danzan los torbellinos ebrios...

GILBERTO CAETANO FABREGAT.

C O N C R E C I O N E S

1

POSTULADO DE UNCIÓN INMEMORIAL. Siempre, siempre, siempre... (siguen ejércitos de siempre) lo que en este mismo momento estás haciendo es más fuerte, más noble, más hermoso, más profundo, más regocijante, más trascendente de lo que ya te parece.

—Aplicándote a esta disciplina ¿ adelantas ? —Hazte fuerza sobre la luz de tu linterna y esmérante aún en desempañar el cristal. Ilusoriamente te parecía limpio.

Avergüéñate en este instante mismo de ir, tan chico, a tu asunto, bajo la bóveda grande....

Todavía no « llevas el mundo en el pecho ». (GOETHE).

2

LA INTUICIÓN Y EL SIMBOLO. Este posee un destino y una precisión super-intelectual. Por él se nos da la « misteriosa adherencia a otros mundos » (Platón) que hizo a los grandes, grandes. Es el lenguaje del conocimiento vivo: la intuición. Es la expresión de lo inexpresable, el « verbo » de lo inefable, la vía de lo subliminal. Por él asaltamos lo incognoscible, lo poseemos, haciéndolo algo más conocido que lo conocido; inmediata ardiente subversora y creadoramente nuestro.

LA IMAGINACIÓN. En lo que involucramos dentro del concepto de imaginación está, inadvertido pero en acecho, lo que crea el ropaje de nuestra manera de representarnos la realidad. Es lo que trae al mundo circundante, ya familiar, mundos nuevos. Es más: los crea, los revela, los encaja con fuerza en nuestro sistema cardinal.

3

LA MÍSTICA, inefablemente tiene razón en todo lo que más nos interesa. Es la fuente innumerable de la potencia perfecta. Todos, sin saberlo, de sus emanaciones captamos el entusiasmo.

Pero se ha enturbiado, se ha enredado el trayecto de su expresarse. Acaso se ha perdido. Por eso no declara, no domina visiblemente, ni acierta límpidamente a hacernos discurrir de qué modo tiene razón...

Noche toda nimbada sobre los altos techos!
es tiempo de cerrar los libros que leímos
para perderte ; alma!,
acá sólo se atardan el sueño y el olvido;
en las playas antípodas
la nave diurna ha echado las anclas de sus rayos;
es tiempo de encender allá abajo las lámparas
donde danzan y danzan los torbellinos ebrios...

GILBERTO CAETANO FABREGAT.

4

LA CULTURA: INVESTIGACION DE LA ALEGRIA,
DISCIPLINA DEL ENTHUSIASMO

(A Vd. estudiante)

Un hombre aburrido no puede ser un hombre culto. El hombre es hijo de una investigación universal: la de la alegría. Cultura que no sea una atinada manera de esa proteica investigación es... incultura. Esa, es tragedia en potencia, inminente en lo exterior y, presente ya, para nuestro interior. Esa, aunque se eche a volar en avión bimotor o, instantánea, dé la vuelta al mundo en radio, es sembradora de muecas, tristeza y drama. Esa crea monos donde debía haber creado hombres. Es escuela, secreta e infalible, de deserción del destino. El estado de informada (?) indiferencia a que conduce, restaura la zoología en el seno del hombre.

* *

CULTURA es una disciplina calificadora y ascendadora del entusiasmo. Ella, con reunidor, selectivo y arquitectónico acierto, resuelve el problema encrucijante de la eficiencia, de manera sublime. Las necesidades espirituales y las económicas parecen, al hombre sencillo, incongruentes. Ella, fuerte y armónica, encaja unas en otras en una pacificadora y danzante unidad. La técnica se le rinde vencida y entregadiza. Incorpora en el estudiante una benéfica impaciencia de la acción que corresponda, un dinamismo ascensional, realizador, triunfal. En un solo bloque provee de armas certeras y de proques alucinantes, invasores. Opera con medida: hace de la erección una fatalidad providencial.

* *

Seamos concisos: la vida está encerrada en este dilema, está forzada a responder a él: o el mundo y el hombre son hijos de una universal, infinita, eterna investigación, la investigación de la alegría o, en acto de desesperanzada, ultradivina santidad, debemos prenderle fuego al mundo por sus cuatro costados y, escupiéndole el rostro a Dios, emigrarlo.

CARLOS BENVENUTO.

R U B E N D A R I O

Acaban de transcurrir diez años desde el fallecimiento de Rubén Darío, el poeta máximo del habla castellana en las postimerías del siglo XIX, y comienzos del XX. Sin que esté olvidado, lo que sería una imperdonable injusticia, al constatar la orientación actual de los poetas de España y América es de preguntarse si Darío desapareció hace diez o hace cien años!.... Ciento es que desde bastante antes de su muerte no producía nada digno de la inmortalidad, agotado ya por una vida sin brújula que necesariamente debía obscurecer prematuramente su cerebro y derrotar su físico. Nunca se borrará de mi memoria la penosa impresión que nos causó cuando su última gira por estas tierras, en viaje de propaganda para « Mundial », llevado y traído por comerciantes poco escrupulosos como un verdadero mono de feria. Aquel no era Darío sino su sombra, y si recibió el homenaje de públicos respetuosos fué por lo que había sido, no por lo que era. Pero su acción renovadora, rejuvenecedora mejor dicho, fué tan grande, su influencia durante treinta años tan profunda e incontestable, que cuesta convenirse de que no tenga ya discípulos y de que los jóvenes lírfóforos busquen otras rutas que las por él abiertas para encauzar su inspiración. Seríamos injustos si no lo recordáramos ahora, con todo cariño y admiración, apesar de que su poesía suena en nuestros oídos como el eco de una música extinta, como el dulce perfume de viejas armonías que fueron. No creemos traicionarnos al elogiar a los grandes espíritus que en su tiempo ocuparon los puestos de vanguardia, los más penosos y arriesgados, víctimas de la eterna e irredimible ceguera de los beocios, prolífica raza que no desaparecerá jamás...

El mayor mérito de la poesía personalísima de Rubén Darío, estuvo no en el contenido animado de que estaba repleta, sino en su victoriosa ofensiva contra el pasadismo quietista, verdadero pozo negro en que yacía la poesía castellana en aquella época. Sin exagerar nada se podría dividir la poesía española e hispano americana del siglo pasado y del presente en dos ciclos perfectamente diversos: el ante-rubenario y el post-rubenario. El gran nicaragüense fué la tempestad que abatió viejos ídolos carcomidos y descubrió bruscamente el velo que ocultaba insospechados paraísos. El verso castellano adquirió con él una ductilidad, una elegancia, una musicalidad absolutamente desconocidas hasta entonces; multiplicó los ritmos e hizo correr a través de las estrofas de ligera arquitectura una gracia tan joven y sonriente que pareció que un mundo nuevo nacía con ella. Palabras y giros insospechados le sirvieron para pentagramizar encantadoras melodías que scandalizaron desde el primer momentos a los adormecidos en el frío bostezo de los cencerros clásicos y a los hipnotizados en las estruendosas polifonías románticas. En fuentes de Francia bebió su agua milagrosa, pero no fué, fundamentalmente, un discípulo ni un continuador de los cenáculos que por aquel entonces imponían en ambas orillas del Sena sus armoniosos evangelios. Ni parnasiano, ni decadente, ni simbolista, pero

con algo de todo eso en brillante y única amalgama, hay en su obra fragancias de jardines versallescos, alucinaciones helénicas y cálidos bocetos de indiscutible modernidad. Nada quizás menos americano y menos español que este plácido mestizo de blandas manos abaciales y lánguidos ojos de sátiro. Su alma era de complicación y de heterogeneidad, trasnegrada a través de la atmósfera de los siglos de algún gozoso y sibarita epicúreo, gustador de la buena vida en amable compañía. Su voz, horrorizada de las estrepitosas fanfarrias, amó el semitono y la penumbra como esos pintores del diez y ocho que jamás emplearon un color puro dando a sus telas un prestigio que el leuto sucede de los días ha intensificado. Fué un profesor de buen gusto, un profesor de cultura en nuestra América de entonces, bravía, caótica y sin personalidad, en que los poetas sollozaban todavía las mismas quejas de Bécquer o repetían los yambos vitorluguescos, sometidos al cepo de las academias, encerrados en inflexibles murallas retóricas que vedaban todo vuelo mutilando la gloriosa rebelión de las alas.

Contra increíbles resistencias y montañas de malas voluntades triunfó Darío bien pronto, sin necesidad de teorizar demasiado, con solo la magia de su verso, domador de fieras. Enredor de sus primeras prosas y de sus primeros versos se levantaron densas polvaredas de batallas en que siempre triunfaron sus jóvenes legiones. Con la velocidad de la piedra que escapa de la honda rebasó todos los obstáculos y pudo ver al fin a su poesía definitivamente vencedora apuntar hacia todos los horizontes abiertos y libres. Su nombre ensalzado universalmente alcanzó el homenaje que solo se rinde a los genios, a los apóstoles y a los santos.

En la historia de la poesía de nuestra lengua Rubén Darío es la Libertad. Aún cuando las actuales tendencias literarias no se inspiran en sus ideales, fué necesario Él para llegar a lo que existe hoy, pues Él abrió el camino, abatió irreductibles prejuicios, libró durísimos combates. Después de Darío la columna no tuvo más que dejarse ir, cada vez más allá, en la obstinada creación de un Arte nuevo. Sus audacias engendraron nuevas audacias, su ejemplo dió aliento a los tímidos, fortaleza a los débiles. Así se ha podido llegar al actual momento que si es caótico e incomprendible para muchos, es para mí magnífico y promisor. Lo malo está en que repitiendo la misma actitud que con Él asumieron los quietistas de su época, hay quien lo proclama todavía como único Maestro y no sabe marchar sino tras sus huellas, empeñándose en la estéril empresa de detener al tiempo. Él, con su despierta clarividencia, mucho antes de ser viejo y de estar agotado decía melancólicamente: « ya vamos siendo clásicos », queriendo expresar que ante el empuje de las nuevas generaciones iba quedando atrás. ¿ Que no podríamos decir ahora, a diez años de su muerte y a tanta distancia de su poesía ? En la sustancia y en la forma nuestros poetas son muy otra cosa que lo que fué Darío, y a fe que no existe manera más eficaz de honrar la memoria y de cumplir con las

enseñanzas de aquel cuya obra fué una protesta viva contra el pasado, que esa rebeldía vigilante y fecunda contra todo lo que tiene el sello de extinto y de caduco y que abre ante los ágiles pies

la promesa maravillosa de nuevas y desconocidas rutas de ensueño!

ALBERTO LASPLACES.

CANTARES DE MUJERES

Ay!, ya para mí
el sol no se asoma.
Desde que te quiero
estoy a tu sombra.

Anoche sentí un galope
y me quedé desvelada.
En la cama me sentía
como en ancas.

Zapatitos, gorro,
todito tan blanco...
¡Si él viniera a verlos
no sería tan malo!

¡Qué horrible!, ¡que horrible!;
no sé que me dió,
y al decirle sí
le dije que no.

¡Ya iba nadando!...
cuando pensó en tí
y aflojó los brazos.

Aun sabiendo que tu amor
lo que el sueño duraría,
si tu pudieras volver
a quererme, ¡te querría!

Parecía mentira,
cuando lo enterraron,
que dos caballitos
me llevaran tanto!

Siempre fuiste triste,
y ahora, en la caja,
por fin te sonries!

Un día llegó al galope,
tan sólo tomó un amargo,
y mi alma se fué con él
¡galopando! ¡galopando!

Yo seré a tu lado
como una estrellita:
al sol, invisible
y en la noche, guía.

En vano olvidarte
Ay! pobre de mí!
que todos mis llantos
se acuerdan de tí.

Ay! cuando duermo
sueño que tu me quieras...
y no duermo.

FRANCISCO ESPÍNOLA.

CROMOS

Una lección

—Mirá los muchachos peliándose en la chacra!
—prorrumpió doña Petrona dirigiéndose a su marido que en ese momento, sentado en una banqueta de ceibo, bajo el ombú familiar, liaba un cigarro de chala y naco.

El viejo miró hacia el maizal, que brillaba al sol a una cuadra de allí, y vió, efectivamente, a sus dos hijos, Simón y Angel, que luchando a brazo partido, entre las espigas amarillas, las quebraban y pisoteaban en el ardor de la pelea.

—Pucha, muchachos pendencieros! —monologó don Amancio.

—A ver, dame los dos taleros qu' están en mi cuarto! —agregó al momento. —yo les vi enseñar a ser camorreros!

La vieja, con temor:

—¿ Pero qué vas' hacer?

—Traime los rebenques, te digo! oh?! —ordenó de nuevo extrañado.

—Pero les vas a pegar? —insistió ella.

—Pucha, mujeres aspaventeras! —y corrió hacia su cuarto, saliendo enseguida con dos rebenques de doma, de sotera ancha, mango corto y grandes argollas.

—No les vayas a pegar mucho!, —recomendó vencida, la madre.

Don Amancio se apretó el cinto, y sin decir una palabra más, se dirigió hacia la chacra, a medio correr.

Cuando llegó, hubo de gritar para que lo vieran:

—¿Qué es eso? qué pasa?... no han d' estar nunca en paz?...

Al sentir la voz del padre, los muchachos, —dos mozalbetes altos y fuertes, de 14 y 16 años, —que dieron quietos, sorprendidos y avergonzados.

—Qu' es eso?... —repitió don Amancio.

—Por qu' están peliando ay?

—Jué él! —protestó Simón, el mayor, —que no me quiere dar la tabaqueria!

Angel gritó más:

—Miente!... yo no la tengó! L' habrá perdido y aura viene a jorobar!

—Ah, sí?... —amenazó el viejo, —la tabaqueria, nó?... güeno! Aura v' aparecer la tabaqueria!...

Tomá vos! —y dió a Simón uno de los rebenques. —y vos! —y entregó el otro al menor.

—Aura se van a sacar las ganas!... ¿quieren peliar?... siemp'r están peliando!... güeno! Vamo' a ver quién aguanta la ris' aura!

Los muchachos tomaron los rebenques. Estaban sorprendidos, temerosos. No comprendían...

—Güeno! vamo!... al que afloje, yo le arrimaré con este! —prosiguió don Amancio des-

colgando del mango del cuchillo su rebenque, parecido a los otros.

—Qué!... aura tienen miedo?... —se admiró viendo que ellos no se movían. —¿ No querían peliar, sotretas?... Sáquense las ganas!... ¡aura! —Y propinó al hijo mayor un fuerte rebenazo en las ancas.

El menor, ante aquel aviso, cargó sobre su hermano, y le cruzó los muslos con el rebenque.

Y así se trenzaron. Zumbaban las soteras en el aire. Sonaban los rebencazos como si se estuviera azotando ropa. Los muchachos jadeaban, rojas las caras, revueltos los cabellos, grandes los ojos, en tensión los torsos medio desnudos, sobre los que aparecían ya las víboras rojas de los azotes. El sol de fuego pesaba sobre el cuadro con una luz bárbara.

Algún ¡ay! o alguna palabra gruesa, se escapaba de vez en cuando.

El viejo observaba atento, contraídos los músculos del rostro, fresco todavía. Cuando alguno de los combatientes retrocedía, él intervenía enérgicamente:

—¡No afloje! —y descarjaba su rebenque.

A los muchachos no se les ocurrió ni por un momento, volverse contra su padre, o huir.

De pronto, el menor, muy acosado, arrolló en la mano, con un movimiento rápido, la sotera de su rebenque, y con la argolla, dirigió un golpe a la cabeza de su hermano.

El otro murmuró:

—Me has jodido!... —y se desplomó de espaldas.

Los dos se arrojaron sobre él:

—Hijo! m'hijo! qué es?...

—Simón! Simón!...

La sangre manaba de una herida en la frente. El muchacho tenía los ojos cerrados. La madre llegaba entonces, corriendo, jadeante.

—Hijito! m'hijito!... —y se arrodilló a su lado también, besando la cara ensangrentada. Luego, revolviéndose contra el viejo:

—Tamién vos!... Hereje!...

En esto, el herido abría los ojos. Aquejó terminó con el susto del padre.

—Dejelós que se hagan hombres! —dijo, brusco. —Aura no ha sido más qu' esto!... pa que aprienden a no peliarse entr' hermanos!

Y levantando a Simón, que volvía en sí, agregó sencillamente, con un temblor de ternura en la voz:

—Venga, yo lo ayudo! Vamo' a lavarlo un poco!

Efectos

Es casi mediodía. Bajo el bochorno canicular, todo duerme en el campo. Reverbera la luz del sol sobre el verde de la loma.

Allá en el horizonte, una línea oscura, sinuosa, semejante a una cordillera de montañas sombrías, denuncia la tormenta vecina que lentamente

avanza, amenazando cubrir el cielo azul brillante con su manto ceniciente y opaco.

La atmósfera, cargada de electricidad, excitante y pesada, hace que el ánimo y el cuerpo se sientan poseídos por soporífero sosiego.

Detrás de la isleta de miembros que acompaña al tajamar en el llano, un hombre acecha.

Parece una fiera: los ojos llameantes, muy abiertos; la nariz dilatada; la boca con una mueca de nerviosidad, aprieta el labio inferior con los dientes afilados y blancos. El cuerpo es hercúleo y ligero.

Mira hacia la picada, allá en el monte, derecho por la senda. Mira con sus ojos llameantes, bajo la maraña de los pelos largos y gruesos como crines.

Apartando graciosamente las ramas que amenazan enredarse en su cabellera de reflejos dorados, amazona en un soberbio caballo alazán cuyo peaje reluce al sol, aparece sobre el fondo verdinegro del monte, allá en la picada, derecho por la senda, una mujer.

El traje de paño, ceñido, dibuja las formas admirables de su cuerpo; la boca con una mueca de cansancio y aburrimiento; el mirar de los grandes ojos azules, vago y sin preocupaciones. En la diestra una fusta, con la que acaricia displicente el cuello poderoso del bruto, y en la siniestra, apoyada en la delantera de la silla, las riendas.

Avanza lentamente, bajo su ancho sombrero de paja, entre el brillo del cielo y del campo.

Es lo que el hombre espera.

Y mientras la mira avanzar, tranquila y soberana en la soledad del bajo, él se menea inquieto, se prepara al ataque, se afirma sobre las piernas, como un tigre pronto a saltar.

Así mismo piensa...

La vé de nuevo el día que llegó de la ciudad.

¡La impresión que experimentó él, al contacto de aquella mano blanca, suave y caliente como el vellón de un cordero! ¡Recuerda la primera mi-

rada; la sonrisa de aquella boca divina; el timbre apagado y mimoso de aquella voz, siempre que ella le hablaba.

Había jugado con él, se había divertido provocándolo; y cuando él se decidió a hablarle, pues estaba loco de ansias y deseos, aquella carcajada que pareció resonar hasta en la sierra, cuyos ecos repitieron los cerros y las barrancas, y los devolvió al monte, incrustándose en el corazón del gaucho como pinchazos finos de alfileres largos.

Y todo porque era hija del patrón, y vivía en la Ciudad, y era instruida. El, no. El era un pobre peón; bruto y fuerte como un toro.

Pero ahora eran otra cosa: un hombre y una mujer en medio de la inmensidad del campo.

Ya está allí. Vá a pasar. El gaucho ya no piensa. Ya todo el universo y toda la vida, y todos los caminos se juntan en el vértice de aquel momento, y no hay más allá.

Entonces se afirma él sobre las piernas, da dos pasos, salta con agilidad y certeza de felino. El caballo se espanta, se encabrita, al sentir sobre sus ancas aquel peso desacostumbrado. Pero el hombre lo domina. Ciñe la cintura de la mujer con el brazo derecho y con el izquierdo le arrebata las riendas. Aprieta las piernas sobre los flancos del animal, y le hace describir, a toda carrera, un círculo sobre el llano. Toma nuevamente la senda, en desenfrenada huída, hacia el monte, hacia la picada...

La amazona se ha desmayado después de lanzar un ligero grito de sorpresa y espanto.

El sol se esconde tras las nubes plomizas que avanza.

JUAN MARIO MAGALLANES.

M E L A N C O L I A

Todos los ruidos del mundo
fueron sus palabras...
y mis sentidos quedaron
acobardados y el alma
se ocultó tras los sentidos...
Y todo yo caminé
por regiones sin caminos...

Pero...
la distancia estiró el ruido
hasta volverle sonido...
y en el cáliz de la idea
quedó un zumo de tristezas.

Y los cabellos del aire
lacios eran...

Y en el timpano celeste
sonaba una tibia estrella...

CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA.

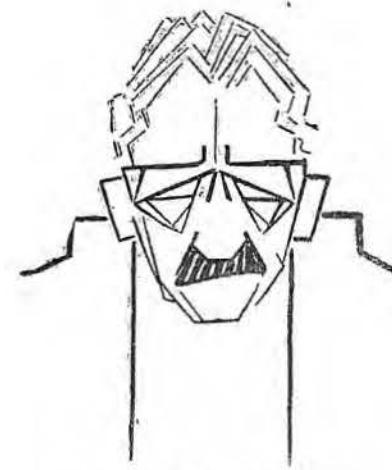
LAS «ESTILIZACIONES»

DE DARDO SALGUERO DE LA HANTY

EXPOSICION EN EL ATENEO

Del esquema a la estilización hay una diferencia medible y una analogía forzada y engañosa. El señor Salguero Dela Hanty, conocedor de las posibilidades lineales, estiliza y llega al límite de la simplificación esquemática (pero no lo rebasa) cuando la línea se bifurca y cuando una razón de simetría orgánica lo impulsa a evitar un enjambre de direcciones indicadas.

Salguero Dela Hanty es un observador agudísimo, un artista fuerte y un creador que dispone de una técnica segura.



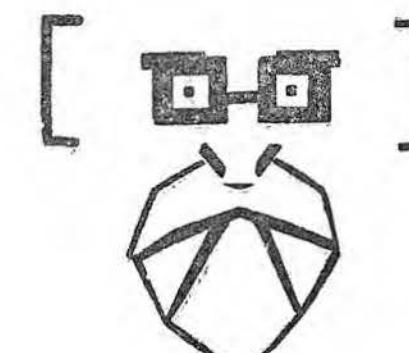
MACEDONIO FERNANDEZ

La exactitud de la distancia matemática, la variedad de la geometría, todos los aspectos de la calidad tridimensional están contenidos en la obra de Salguero.

El esquema es seco, frío, explicativo y didáctico. La estilización es algo vivo y hondo porque toma lo culminante y rechaza lo accidental sin falsear la fuente primera; es un proceso de selección, de síntesis y de entendimiento para aislar los valores esenciales de una figura observada, aislada o integrada en lo que la rodea. Lo accesorio, que en un esquema puede ser equilibrio significante, en la estilización no tiene razón de ser y es suprimido sin dejar rastro.

De la palabra *estilizar* y de sus voces derivadas se ha abusado con ensañamiento. Su sentido etimológico y sus acepciones nuevas demasiado elásticas y torcidas la han complicado extremadamente. Pero Salguero Dela Hanty la rehabilita poniéndola al servicio de un aporte nuevo.

Estilización y no esquema de figuras y de situaciones realiza Salguero sin perder en ningún instante la noción primaria de las funciones plásticas. A base de líneas rectas de claridad y de orden cerrado; de intersecciones indicadas por un trazo suelto y firme, el artista llega a una forma constructiva de planos múltiples, de aristas



PEDRO FIGARI

cortantes, de valores geométricos. Esta manera nada tiene que ver con el cubismo: las densidades son de distinta especie, los volúmenes responden a otra finalidad, la angulación es casi opuesta. Ni siquiera en el arte de Salguero cabe una aplicación verdadera de los principios o de las teorías cubistas.

Estas estilizaciones llegan a veces a un análisis de valores de una figura aislada. Así la cabeza de Güiraldes. Otras veces llegan a la síntesis con líneas indicadas o sujetadas. Así la cabeza de Emilio Oribe, trabajo en donde un trazo habilísimo indica por su movimiento una ordenación de planos y una limitación exacta de volúmenes.

El sentido decorativo de las estilizaciones de Salguero, que en este caso no es un valor extrínseco, se revela en la coloración del trazo y



BRANDÁN CARAFA

en el apoyo accesorio de la figura. Así la cabeza de Brandán Caraffa.

En el dibujo de Salguero Dela Hanty no hay líneas inútiles. Esa raya vertical que surca la frente de tal figura expresa la actividad psíquica

y la fuerza del pensamiento y sirve para solucionar la simetría de las formas ordenadas.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

Febrero 1926.

LA CANTARIDA ROJA DE UNA BOCA DE MUJER

DEL LIBRO DE «LAS MUJERES Y DE MIS AMIGOS»

Cuatro estrellas forman cruz ante sus ojos que se alargan en la noche, mientras las serpientes de los recuerdos anudan su corazón como a un sapo triturado. En el inmenso silencio, como ante un pantano fétido, su alma se hunde esclavizada por el peso enorme del remordimiento. Los perros sacuden la soledad con sus ladridos, mientras el vicio asoma su ocito rojo en el secreto de la ciudad dormida; es la hora en que los ladrones huyen por los caminos y los criminales miran con ojos oblicuos; es la hora en que los niños bajo la influencia de la luna hacen rechinar los dientes soñando con fantasmas; es la hora en que los hipnotizados tienen los ojos fijos, y las arañas malditas tejen halos de fiebre en las amarillas cabezas de los tics; es la hora en que en los hospitales brillan luces misteriosas y los navios en alta mar se esclavizan bajo la pupila sin párpado de un cielo indiferente.

¡Oh casa que ardes en medio del océano de los hombres! Casa cuyo aliento empañá las miradas y hace prudente a los malos. El cielo pone hojas de claro azul en las ventanas, por las que se arroja la atención de los hombres aquietados, de esa casa que mantiene las murallas, y que como en el pecho de un muerto hay un corazón oscuro de roña.

Los pensamientos turbados, en las alas negras del rencor, hacen caminos en la noche, y van aullantes poniendo espanto a los ángeles que agitan el amor haciendo honor a Dios; el amor que da un sentido a la vida.

El era uno de esos que espera una carta que nunca ha de llegar; que aspira a la fotografía de un amor que nunca ha de tener; que todos los días arrastra sus miradas para ver si llega un amigo que nunca tuvo; era el hombre asfixiado de horror al ver que las mujeres pasaban ciegas ante su celda y que los niños le miraban con expresión alarmada. Sus manos en la inutilidad de un sueño que nunca se realizaría buscaban las claras manos finas de una hermana o el suspiro lento de un pecho de madre. Estaba sólo, solo. Y pensaba en los seres lejanos y desconocidos que, del otro lado de esa casa maldita, disfrutaban de la alegría múltiple de la vida.

No era una sed de infinito lo que alargaba sus ojos en la noche; no era el aire cargado de primavera, con olor a nido y a pasto húmedo, lo que llevaba su mirada por los caminos que se hacían

finos bajo la luna de Octubre. No. Era otra cosa, y pensaba. ¡Oh Océano inmenso y único que no necesitas de la hembra para tu grandeza!; no eres como el hombre que tiene que dormir su potencia en la música aturdiente de un corazón de mujer. El hombre que alaba su orgullo pero que no puede apartar su rostro del espejo nupcial del cuerpo de las mujeres.

Su vida era como un aullido prolongado; no había calma para su sed, esa sed que el deseo avivaba con crueldad enorme en la naturaleza viva de sus 25 años; el sublime sentido de su juventud golpeaba en su pecho, y sus ojos se llenaban con la imagen de las bocas que calman la sed; pero su deseo tenía un hedor envenenado que el perfume de la primavera no podía disipar; con los ojos ardientes recorría la noche, mientras sus pensamientos daban llama viva a su pecho.

¡Oh rumor callado el de su sangre trepando en celo hasta estallar como un grito en el vértice de su pecho! Virilidad desatinada esta que canta en su ser y lo hace hermoso, lo hace magnífico de ardor salvaje y eréctil en su confirmación de macho; cada rumor, cada fragancia, cada madeja de sol, cualquier signo es un reclamo imperativo y hasta el aire tiene para él olor a mujer, y solo puede identificarse con las dulzuras en los larguísimos sueños en que tiene presencia la fiebre como si millares de soles ardieran silenciosos sobre sus ojos.

Y sin embargo, él no era el único que en esa casa maldita, sufria ese deseo de hombre.... En el lecho de paja, tenazmente como una imagen torturadora, está la cantarida roja de una boca de mujer mientras su alma se ataba en una serpentina de locura, como los pájaros que danzan en torbellino nupcial sobre el abismo magnético de una boa.

Fija como raíces sobre el pedazo caliente del corazón, la sustancia sensual florecía en su recuerdo con la imagen constante del crimen, de su crimen, y sus ojos permanentemente veían sus manos destilantes de sangre.

Oh, aquella muchacha rubia con cielo en los ojos y mejillas con madurez de trigo! Sus sonrisas tenían encendidos colores y sus manos eran pesadas de olvido para las ternuras. Así era ella con sus quince años, como una flor que la primavera enhebra en sus dedos; así era ella toda de la esperanza en la salud divina de sus mañanas nupciales.

Pero, ¡oh maldición! una noche de Marzo, su corazón se anudó con pensamientos de locura y de desesperación, y sus manos tan limpias de obrero honrado se mojaron de sangre; en tanto largo a largo debajo de la luna, la muchacha campesina quedó fría de muerte, mientras en su pecho fino de adolescente una herida enorme como un malvón rojo ardía sobre su bata clara. ¡Oh,

cuanto miedo y cuanto mal! Los caminos le vieron pasar sucio de sangre y llamar en la noche sin respuesta! Estaba solo en el mundo y todos los días le vieron llorar.

¡Que triste es la vida cuando no se tiene a lo que se ama! ¡Oh la tragedia del hombre que ha muerto a lo que ama!

JUAN M. FILARTIGAS.

CUADROS DE HOSPITAL

YATAY, CHICHO!!!

Nuestra guardia en el Servicio de Urgencia de la Asistencia está por terminar. Ha sido un día de intensa actividad. Quemaduras, choques, envenenamientos. El timbre del teléfono, breve y sugestivo, ha estado sonando toda la tarde. Y en esta ciudad agitada por mil pasiones y sobre la cual se ciernen mil peligros, el teléfono es como una gran red de araña, sensible y tensa, vibrante al menor contacto, cuyo centro se halla en esta Casa de Auxilios. El timbre vuelve a sonar. Es que la red se ha movido. El empleado viene con el boleto. «Menor arrollado por un tranvía en Miguelete y Sierra». Saltamos sobre la ambulancia. Y nos sigue el enfermero con la caja de instrumentos e inyecciones.

Vuela la ambulancia por las calles agitadas y populosas. Y al sentir el ruido agudo y repetido de la campanita metálica que el chauffeur va haciendo sonar todos dejan paso como homenaje solidario al herido que acaba de caer.

Llegamos: gran aglomeración de gente. Revisadores que buscan testigos con los informes blancos en la mano. Policías que corren de uno a otro lado. En todos los rostros se dibuja la tragedia. Algunos que han llegado hasta cerca del herido vuelven a retroceder no resistiendo el espectáculo doloroso e injusto. El tranvía ha pasado por encima de un pequeño vendedor de diarios y le ha cortado una pierna a la altura del muslo. La pierna está allí, desnuda, descarnada, sangrante, como un trozo de ala despedazada. Una mujer que viene empujada por la curiosidad, llega a verla. Pero, de pronto, se lleva las manos a la cara y retrocede horrorizada tal como si un líquido cáustico le hubiera saltado súbitamente a los ojos. Un montón de diarios vuelan dispersos por la calle como las hojas de un libro roto. Y entre ellos, una pequeña bolsita de género se halla abierta, volcada, dejando escapar por su boca unas humildes monedas de níquel.

El herido, un muchachito de trece años, —Juanucho, el canillita de esta parada,— se halla del otro lado de la vía y se desangra rápidamente. Y ¡maravilloso espectáculo!, un perro alto, escuálido, con grandes manchas negras en el lomo, salta enloquecido de dolor entre la pierna despedazada y Juanucho, su compañero de andanzas vagabundas. Dolorido, dando grandes gemidos al ver a su amio exánime, el perro flaco no sabe qué hacer y corre de un lado a otro y llega hastas

el pequeño herido a lamerle la cara y las manos

El muchachito recibe los reanimantes más fuertes.

Tiene todavía unos segundos de lucidez. Pone

una mano sobre la cabeza del perro que le ha acercado el hocico a la cara.

Reconoce a su compañero y débilmente, casi con los labios, le dice cariñosamente, como consolándole:

Yatay, chicho!.. Yatay, chicho!.. Yatay,

chicho!..

Colocamos rápidamente en el muñón sangrante tres o cuatro pinzas, que quedan colgando como finas banderillas metálicas. El enfermero hace un vendaje bien apretado. Subimos al muchachito en la Ambulancia y partimos para el Hospital Maciel. La Ambulancia cruza rápidamente la ciudad como la noticia de una gran desgracia (Madres y padres que oír la campanita aguda y repetida del auto que vuela: apretad bien vuestros hijos; llevamos para el hospital un muchacho moribundo con una pierna despedazada por un tranvía)

Juanucho se va muriendo. Las calles están llenas de transeúntes que se mueven en todas direcciones agitados por mil decesos distintos. Y subleva hondamente nuestro espíritu la tranquilidad feliz e inhumana de toda esta gente que habla y que ríe fuertemente cuando aquí, en nuestro auto, junto a nosotros, se va muriendo dolorosamente un muchachito triste de trece años.

En aquel café la orquesta no ha dejado de tocar un sólo instante su música ruidosa. Ese señor ríe a carcajadas en la vereda. Y aquella mujer elige un sombrero de la vidriera. Todos parecen ignorar que aquí dentro Juanucho se va muriendo.

Estamos por llegar al Hospital Maciel. El enfermero nos dice:

—Fíjense quién nos sigue.

Nos damos vuelta. Como a una cuadra detrás, el perro flaco y enloquecido viene jadeante a grandes saltos corriendo detrás de la Ambulancia.

Entramos a Juanucho al Hospital. En el camino ha vuelto a perder el conocimiento. Y no da siquiera tiempo para colocarlo sobre la mesa de operaciones. Allí, sobre la camilla de la Sala de Entradas dejó de respirar. Y quedó frío, duro, exangüe, este muchachito, ágil saltarín de trenes, audaz trepador de autos que en todos los atar-

deceres daba al viento su vocesita aguda pregonando su mercancía fugitiva de papel impreso. Así quedó muerto Juanucho el canillita de la esquina febril y barullenta de Miguelete y Sierra.

Cuando nos retiramos, vemos que en la entrada del Hospital, Yatay da saltos contra el vidrio de la puerta, arañando desesperadamente con sus patas delanteras levantadas. Le abrimos la puerta. Lo dejamos entrar. Y Yatay ha pasado como una exhalación. Ha tomado derecho por el primer corredor que encuentra y ha corrido hasta el fondo. Allí ha resbalado sobre las uñas y se ha dado con el cuerpo entero contra una pared. No encontran-

do lo que busca, vuelve corriendo. Pasa a nuestro lado, nos lanza una mirada dolorosa, interrogante, plena de humanidad (hemos visto la misma mirada en los padres cuando muere el hijo) y ha tomado por otro corredor, enloquecido, desesperado, desorientado.

Pobre Yatay! Acaba de morir su compañero de correrías y andanzas vagabundas. Se habían criado juntos. Y su dolor es enorme. Yatay!.. Yatay, Chicho!.. No nos oye. Por la noche hubo que sacarlo del Hospital a viva fuerza porque con sus gemidos de dolor no dejaba dormir a los enfermos graves.

ISIDRO MAS DE ATALA.

LIBROS RECIBIDOS

Arbol

JULIO J. CASAL

Julio J. Casal es un espíritu inquieto e infatigable que puede ser puesto de ejemplo a muchos compatriotas que parecen creer que hacer literatura, es decir chistes enredos de las mesas de café y abominar de todo el mundo. Casal, recluido en la ciudad de La Coruña, en donde desempeña el puesto de cónsul uruguayo desde hace muchos años, dirige la revista «Alfar», considerada con toda justicia como una publicación modelo, como una de las mejores—sino la mejor—de las revistas de vanguardia que se publican en castellano. En «Alfar», escribe y dibuja lo más destacado que en materia literaria, plástica y musical hay en la Europa occidental y en América latina. Sostener una revista de esa clase en los tiempos que corren es un verdadero heroísmo y para ello se necesita además de una vocación irresistible, una voluntad a toda prueba y un buen gusto sin claudicaciones. «Alfar», le ha conquistado a Casal un nombre prestigioso y sólido, totalmente merecido, ya que él solo desde una pequeña ciudad provinciana ha podido durante años sostener una revista de esa tendencia lo que ha sido imposible a los agitados cenáculos de las grandes urbes como Madrid y Barcelona.

Julio J. Casal es poeta, un poeta suave y meditado, poco amante de las estridencias y deslumbramientos, poseedor de un alma tierna y de una retina vibrátil y finísima que deja escapar los colores fuertes y en que se prenden los más delicados semitonos del iris. Impresionado por las nuevas tendencias literarias, Casal, hombre de su hora, encontró acomodamiento definitivo de su temperamento dentro de su corriente, y se plegó a ellas con la alegría de quien ha descubierto la orientación de su destino. Su evolución se ha cumplido lenta pero firmemente, desde aquel lindo tomo «Regrets», fechado no recuerdo si en 1909 o 1910, hasta este volumen «Arbol», que

acaba de llegarme, condecorado con una original carátula del gran Barradas.

Casal es poco conocido entre nosotros, apesar de ser tan nuestro y de suspirar constantemente por su Montevideo. En España en cambio, es elogiado unánimemente y considerado como uno de los más sólidos temperamentos poéticos de la actualidad. «Arbol», da con toda nitidez el perfil de su personalidad literaria y nos habla de su alma plena de matices, su panteísmo maravillado, su exquisitez constante. Canta al compañero del hombre:

«Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...»

Todo el libro está lleno de agradecida ternura, de buen éxtasis, de armoniosos paisajes campesinos en que el árbol triunfa con su gracia vibrátil y su dibujo indeciso que plasman los vientos. Los cerezos son «borlas con que el campo se empolva la cara»; el álamo blanco: «tienes en las sienes ceniza»; la acacia: «pequeñita como mi nena menor»; el ciprés: «es tu copa una aguja enhebradora de astros»; el sauce, «que se nutre de espuma y de sombra de nubes»; el plátano: «música de la huerta»; el roble cuyo tronco «es un hueco de siglos», etc. Un fresco perfume de árbol, «suspiro que el campo envía al cielo», empapa este volumen ligero y optimista de cercanas perspectivas que se abre ante las pupilas como un libro de estampas de encantadora simplicidad, iluminadas por finísimos semitonos planos, en que la luz y la sombra se confunden amorosamente, sin dejar destacar los perfiles agudos ni los abismos de sombra. Casal, como buen poeta moderno, cultiva la imagen, centro y sustancia de la poesía sintética sus impresiones visuales y a veces las esmalta con suaves fragancias de sentimiento familiar, como arrancando al árbol de su hoso aislamiento en campos, valles y montañas y trayéndolo a llenar un hueco de la vida humana, al calor del hogar en el que la mujer canta, el hombre

labora y los niños crecen, como pequeños e inquietos árboles. Casal, hombre de vida plácida y laboriosa, frente al mar y a la montaña, ama los dichos sencillos y los placeres sólidos y va realizando lenta pero firmemente el mandato del filósofo poeta al resumir en tres palabras los deberes supremos: hijos, versos y árboles. Pocos destinos podrán desenvolverse en medio de más serena y perdurable belleza, ennobllecida por más legítimos prestigios.

A. L.

Luna de enfrente

POR JORGE LUIS BORGES

Trajeado en una incómoda—para el lector—edición de la Editorial Proa, ha llegado a nuestras manos el último libro de Jorge Luis Borges.

Si nos quedaran dudas acerca de la originalidad creadora del autor, el título, solo el título de su obra, nos quitaría esa desconfianza. *Luna de enfrente*, es decir, no la luna lugar común, frase hecha en las elucubraciones de los pseudo-poetas, sino la luna total, familiar, luna lugareña, luminaria barata de los arrabales.

Ya en los primeros poemas se percibe el fuerte y novísimo temperamento de Borges. Liberado en absoluto de toda atadura proveniente de pasadas escuelas, su inspiración subyuga, arrebata a veces por la audacia de sus imágenes, como pudiera entusiasmar un galope de potros en la pampa. Describiendo en toques de color los contornos dilatados del arrabal porteño, consigue efectos maravillosos. Sus imágenes resultan una perfecta realización de belleza, dentro de un sintetismo que perdura en toda la obra como una de las aristas predominantes. Poeta del arrabal podríamos denominar como a Carriego, al Borges de *Luna de enfrente*. Pero esta afinidad de motivo es puramente externa, ya que Carriego buscaba para sus cantos el aspecto esencialmente humano del suburbio rozando apenas en contadas ocasiones el escenario de sus humildes y atormentados personajes. Borges en cambio, es decididamente pictórico. Pruebas:

«Y el terreno baldío que se deshace en yuyos y en alambres.
Y el almacén tan claro como la luna nueva de ayer tarde

Almacén que en la punta de la noche nos clava
Como el aseca en la punta ferviente del cigarrillo,

Así todo el libro. Ebrio de grafismo, no desperdigando un adarme de verdad en sus evocaciones, llega, en regreso de un estilo y una cultura clásicos limpiamente legítimos, a utilizar el lenguaje corriente que el hábito rioplatense usa, especie de «argot» formado en los bajos fondos y en las dársenas, de misteriosa etimología, y que lentamente, como inútil enredadera criolla, va cubriendo el frondoso árbol del idioma castellano. Atrevida subversión lingüística que siendo perniciosa si encuentra continuadores en la literatura, sienta perfectamente al poeta que primero la comete.

Con tal medio de expresión, colma la retina de visiones suburbanas ornadas siempre con una eclosión de ponientes: alfejos patios encalados, callejas dormidas que suenan con la pampa, tabernas pintadas de «rosas» de cuyo fondo brota una melancólica «sandade» de patinadas, tenue amontonamiento de cosas inertes, perdidas ya casi definitivamente para la realidad.

Un detalle que sorprende en Borges, dado el carácter netamente autóctono de sus versos, es que no exalte ningún motivo campesino. Su límite de realidad se lo marca la última callejuela del suburbio. Su estro ciudadano no va más allá. Pero entonces ante la pampa, ante los llanos que para su vida solo representan una vaguedad, desenvuelve una armoniosa soga de recuerdos. Fuera del objetivismo familiar, en pleno campo evocativo el poeta triunfa. Son reminiscencias de las epopeyas revolucionarias argentinas, a través de las cuales resplandecen Rosas y Facundo como pomposos meteoros rojos. Para dar una idea de la potencia colorista que existe en sus imágenes diremos que en ciertos poemas de *Luna de enfrente* nos ha parecido leer una serie de cuadros de Pedro Figari. En efecto: veamos si en estas transcripciones no se percibe la misma potencia sintética e idéntica riqueza de color que en las telas del viejo pintor de cosas muertas:
*Los caserones eran grandes como banderas y cada patio tenía estrellas distintas.
Ya el traspatio era otro país, hecho de griterío, de negrada y de lumbre.

En carretas bajonas, detrás de bueyes bajo périgo y yugo, iba el río a las casas.

Año sangriento y candoroso: año del barrio del tambor y el punzó.

Oeste paraje blanco que cobra tonalidades duras opacas y macabras:
El madrón desnudo ya sin una sé de agua.
Y la luna aterrando por el frío del alba.
Y el campo muerto de hambre pobre como una arena.

Un galerón enfático, enorme, funerario,
cuatro tapaos con pinta de muerte en la negrura
Tironeaban seis miedos y un valor desvelado.

Fuera de este gran sentido pictórico que nosotros destacamos como cualidad esencial, existen en la obra de Borges otros valores apreciables. De tal se puede calificar el vuelo metafórico de los poemas que rozando en ocasiones la sombra de Apollinaire, escalan un noble horizonte filosófico.

Una observación muy nuestra haremos a este libro que sin reticencias consideramos de los más interesantes y valiosos, como exponente de los altos espíritus modernos. Se refiere ella al námen amatorio, acorde que suena muy débilmente, con absoluta opacidad en la rica gama sonora de *Luna de enfrente*. No creemos que Borges triunfe en este aspecto. La retina musical no ha sido herida en resplandores de ponientes, los arrabales no vibran al influjo de la mano que los tiende a

manera de un arco, el lazo de recuerdos heroicos deja de tender sus espirales sobre las epopeyas. El corazón del poeta se ha ensanchado sobre los múltiples espectáculos y con fatiga, muy trabajosamente, torna a los temas sentimentales. Leve obligación que destacamos arrancándola de entre las puras emociones que recibimos en la lectura de *Luna de enfrente*.

En suma: un libro que aquilata méritos fundamentales, insinuando una madurez millonaria en fermentos óptimos.

A. M. C.

Amaneció nevando

POEMAS DE CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Conocíamos varias producciones de este lírico chileno. Habíamos gustado los hermosos y armónicos versos que escribiera en memoria del poeta Manuel Magallanes Moure. Su libro «Amaneció nevando» tiene todo él la misma suavidad, el mismo modo que informa las poesías que del autor conocíamos. Todas impregnadas de un lirismo moderno, y salpicadas de imágenes bellamente encontradas. Préndez Saldías tiene bien definida su personalidad, aún dentro de influencias que pudieran observarse en algunos de sus poemas. Y esto no es poco, en medio de la desorientación que sufren gran parte de los poetas actuales, haciendo obra en desacuerdo con sus temperamentos, equivocando conceptos, ahogándose en las olas amplísimas del verso libre, y colocando sus espíritus románticos en un marco febril de metáfora e inteligencia.

Los poemas que más nos han gustado de este libro, son: «La montaña lejos del mar», «La canción del río», «La luna llena de marzo», «Mi voz en la noche», (estos dos últimos con marcada nostalgia de Juan Ramón Giménez) el segundo de los «Sonetos del campo», y la poesía dedicada «a J. Lagos Lisboa, en el campo».

Es de apuntar asimismo algunos momentos malos, de los que confiamos se libertará el poeta, como, por ejemplo, las dos últimas composiciones del libro, animadas de rancios prejuicios formales y de concepto.

J. M. M.

«Los Altúnez»

MARIA MORRISON DE PARKER. «Editorial Tor», Buenos Aires

Esta distinguida escritora uruguaya presenta en «Los Altúnez», una de esas familias tan comunes en nuestros ambientes, en que desaparecido el padre todo va barranca abajo por incapacidad de sus descendientes para seguirla manteniendo en su situación económica. Este tema ha sido ya harto tratado por novelistas y sobretodo por dramaturgos en ambas orillas del Plata para que pueda presentar algo de original. La acción se desarrolla en un Montevideo un poco extraño, sin ningún relieve que lo distinga de otra ciudad cualquiera. Esa falta de paisaje no está compensada por lo que en la autora ha sido al parecer la

principal preocupación, que es el estudio del caso, visiblemente con finalidades morales. Los caracteres están trabajados con mucho cariño, pero sin ahondar mucho en las psicologías, demasiado superficiales a nuestro juicio. Lo que más sobresale es el carácter fuerte y práctico de Magdalena, la que constituye la providencia familiar precisamente por su espíritu de decisión que falta en los demás. Escrita en un estilo fácil, sin pretensiones de deslumbramiento, esta novela se lee rápidamente y con agrado, siendo natural y lógico el encadenamiento de sus escenas. Trátase de un esfuerzo estimable que es justo estimular por la honestidad de su motivo y lo oportuno de su realización literaria.

G. R.

La moral de don Filántropo

POR LUIS POZZO ARDIZZI. (Buenos Aires)

El autor de este libro presenta en una docena de cuadros sintéticos una serie de reflexiones y de ejemplos de un humorismo liviano donde abundan los toques sagaces en medio del lenguaje vivo y actual.

Pesimismo fino despojado de toda acritud malsana; don Filántropo no conoce el sarcasmo envenenado ni las furias del anatema.

Una ironía suave y amena flota por encima de los cuadros trazados por el señor Pozzo Ardizzi.

La moral de don Filántropo se desenvuelve en ambiente río platense donde los elegantes de Mar del Plata alternan con inmigrantes enriquecidos de flamante figuración mundana. (*La memoria de Nini Pietragarula*) Algunos de los asuntos de este libro presentan cierta vaga analogía con las divertidas historias que Maurice Dekobra revela en su «Hamydal le Philosophe».

El hastío del Padre Eterno es una composición breve cuyo eje presenta puntos de contacto con la, intriga de «La haut», la adaptación cómica y musical de Maurice Yven.

Una sesión en el año 10.000 expone el aspecto caricaturezco del feminismo en una asamblea legislativa.

El señor Luis Pozzo Ardizzi es uno de los jóvenes humoristas argentinos de realización más consistente.

G. M. A.

«El conde de Lautréamont»

CRÍTICA POR PEDRO LEANDRO IPUCHE

Pedro Leandro Ipuche, ese poeta de tanto celo y de tanto ardor, cuya poesía tiene ebriedad de raíces en la tierra húmeda y honda, ha escrito un juicio colmado de sentido histórico, con desnuda palabra y violenta simpatía sobre la obra del poeta sin par Conde de Lautréamont, obra única por su tono grandioso, por la audacia y la rabia que hay en los cantos del salvaje muchacho uruguayo, Isidoro Duccase, cuya nacionalidad ha sido

confirmada documentalmente por los escritores Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, dos espíritus de calidad que han venido a enriquecer la ya importante producción literaria de la hora, siendo los valores que marcaron el momento de la revista «La Cruz del Sur», órgano literario, que los ha dado al ambiente con amplitud y simpatía

Ipuche que en su frecuente intransigencia es muchas veces injusto, lo es verdaderamente en este folleto al referirse a la crítica artística del Uruguay y es de lamentarlo por tratarse de él. Dice al principio de su hermoso estudio. «En nuestro ambiente, donde no ha habido hasta ahora un verdadero crítico militante, este libro nos trae la sorpresa de una alegría nueva». Y esto es bastante injusto. En el Uruguay ha existido con anterioridad a la actuación literaria de mis cordiales amigos Alvaro y Gervasio Guillot, crítica seria y de misión fecunda, y para concretarnos a un hecho le señalamos la existencia del señor Alberto Lasplaces, crítico de importancia que tiene uno de los volúmenes más serios que sobre esa materia existe en el Uruguay, y la injusticia se acentúa si se refiere únicamente a lo que concreta la obra de Lautréamont, siendo mi apreciado amigo uno de los primeros que diera con un artículo, trascendencia a la obra de los escritores Guillot Muñoz, y acentuara con su

afirmación sobre el valor único que representa para nuestra literatura ese libro desconcertante que con el título de «Los cantos de Maldoror» escribiera el genial muchacho uruguayo Isidoro Duccase. Salvado este detalle importante, expresamos al poeta Ipuche nuestra simpatía por el valioso artículo, que es de los mejores entre los aparecidos últimamente dando ambiente a esa obra que se ha hecho y que fué escrita desde la capital de Francia por un uruguayo que es clasificado por la gran crítica, entre los altos valores universales que atesora el mundo en el campo de las letras.

J. M. F.

Nos ocuparemos proximamente de los siguientes libros:

«La vida emotiva», de A. PALCOS. — «Rosas de Sangre», de MARCELINO PÉREZ. — «El árbol, el pájaro y la fuente», de CORDOBA ITURBURU. — «Las zonas Respuestas», de ARTURO LAGORIO. — «Caja de Música», de ROBERTO LEDESMA. — «Inocentes», de L. STANCHINA. — «Nafragios», de PEDRO I. VIGNELE. — «La víspera del buen amor», de HORACIO REGA MOLINA. — «Vuelo», de FRANCISCO ISERNIA.

LAS BUENAS PÁGINAS DE LOS BUENOS LIBROS

ARTE NACIONAL

→ Es necesario un Arte Nacional? Arte nacional y arte diferenciado son ideas casi simultáneas en la conciencia. Entonces, al encontrarnos exentos de caracteres salientes de raza y de tradición pensamos, no sin tristeza, en la imposibilidad de dar objeto a ese Arte. Ahora bien: si tal se entendiese, pocos pueblos podrían ofrecer un desarrollo artístico de originalidad apreciable. Fenecida Grecia la luz de su genio traspasó hondos espacios seculares para vivificar gloriosos Renacimientos y no podemos concluir que Italia y Francia, donde alumbró de un modo predilecto, sean países faltos de Arte nacional, por el hecho de haber colaborado con amor y preclaro espíritu en el desarrollo de las formas de la antigüedad. Por lo que hace a Francia, es curioso observar que habiendo tenido un papel tan importante en el desarrollo del Arte propio de su raza y el más adecuado a la vez, al idealismo cristiano, hasta el extremo de recabar para sí el honor de haberle dado origen, no parece encontrar en sus creaciones góticas, sino en las importadas de su clasicismo, la expresión característica de su genio. Sería,

cuando menos, muy aventurado afirmar dónde radica lo netamente francés, si en Nuestra Señora de París o en el Palacio de Versalles.

Un Arte, una cultura nacional es el resultado de la geografía, de la raza, de la tradición, de la influencia exterior en una época, organizados alrededor de un eje vitalísimo, la voluntad continua de vivir substantivamente y a favor de los largos plazos que la historia concede. Esta ansiada personalidad nacional no es, en definitiva, sino el conjunto de una serie de esfuerzos en el tiempo, con sus errores y culminaciones y en un momento dado, la nota original, el hallazgo de la fórmula sabia destinada a sobrevivir a los mismos pueblos que la han creado, renaciendo en otros que sobre ella y después de una asimilación transformadora, viva, obtendrán a su vez el punto máximo de su altura.

No debemos, pues, inquietarnos porque los aborigenes no hayan igualado a los incas en dejar monumentos reveladores de su existencia, en nuestros dulces prados y colinas; ni porque la otra mitad de nuestro medio natural, la luz, no sepa lo que es filtrarse a través de calados góticos ni acariciar la gracia poderosa y sabia de los senos

bizantinos. Una tabla rasa en la cual nada se había pintado, fué la conquista heroica de nuestros abuelos. Tal vez a pueblo alguno en la historia se le deparó en tal medida la creación del propio destino como al americano. Empresa dura y de tanta responsabilidad como grandeza. Sin raza, sin larga y rica tradición, solos y con la sola fuerza de haber nacido quisimos crear una nueva vida en un nuevo mundo. Estamos cansados? ¡Pues aún está lejos el séptimo día! Pero haber roto el dominio de España para convertirnos en colonia espiritual de todo el mundo sería un programa poco digno y estéril.

En resumen: es necesario un Arte nacional como función. La necesaria aspiración de un arte diferenciado, ya tendrá cumplimiento a su hora. Lo primero es ser y lo que sigue al ser: el obrar.

Podrían ser las obras públicas de carácter monumental y artístico la ocasión de que un Arte nacional se manifieste? Sería también la ocasión de afirmar un derecho.

Si en otras épocas, la munificencia de los principios o el tesoro de comunidades eclesiásticas o fundaciones piadosas o ricos municipios encargaban a artistas extraños la ejecución de importantes obras, tal proceder, que no era de uso constante en Europa, ya no está de acuerdo con el principio orgánico de los Estados modernos en que la administración de los intereses públicos, morales y materiales, no debe ser vinculada a fueros personales de soberanía. Bastará, por aho-

ra colocar al Arte en el mismo plano de consideración que a los otros órdenes productivos del país. Nunca un Estado hace concesiones industriales a firmas extranjeras, sin la reserva esencial de un rescate a plazo fijo. Debe también rescatar su acción espiritual. ¿Cómo? de análoga manera que protege a sus industrias recién nacidas evitando, con tarifas el efecto aniquilador de la concurrencia externa. La norma equivalente consistiría en ceder a los artistas nacionales la ejecución de las obras públicas respectivas de que se hubiere menester. Pasemos también que los productos de nuestro Arte puedan ser alguna vez inferiores a los de Europa, fiados en que una actividad continua y la crítica resultante, siempre más viva y eficaz cuando recae sobre lo propio, los mejoraría progresivamente hasta poder paragonarse con los de las naciones más ilustres y conseguir que fuesen la expresión de una personalidad bien definida. Se creerá que es menos arriesgado comprar también este artículo en el exterior? Notable engaño. También hay que saber comprar; inteligencia que no se adquiere sino mediante un ejercicio directo de la facultad a que deseamos aplicarla. Así ornamentan nuestras plazas y jardines los deshechos de la imaginación trasatlántica, que no son obra de artistas nacionales ni de artistas de ninguna parte.

De «TESEO» por EDUARDO DIESTE.

NOTAS Y COMENTARIOS

Editorial «La Cruz del Sur»

«LA SALAMANDRA»

Está en prensa la celebrada comedia «La Salamandra», original de nuestro estimado compañero Dr. Carlos Salvagno Campos, que fué estrenada con todo éxito el año pasado por la compañía nacional que dirige el primer actor Sr. Brussa. «La Salamandra», inaugura la «Editorial La Cruz del Sur», que irá editando libros de nuestros escritores disponiéndose ya de obras de los señores Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, Juan Mario Magallanes, Mario Esteban Crespi, José Pedro Bellán, María Elena Muñoz, Alberto Lasplaces y otros. Esta nueva serie de volúmenes está destinada a difundir la obra de nuestros escritores y artistas por toda América y países latinos de Europa. «La Salamandra», aparece completa, tal como fué escrita, pues al representarla obrándose con criterio equivocado a nuestro juicio, se le hicieron cortes que en ciertas escenas fundamentales le convirtieron en oscura y contradictoria. Recomendamos su lectura en la convicción de que se trata de una obra de bellísima motiva-

ción, naturalmente desarrollada, llena de sagaces observaciones y profundos pensamientos y escrita en un estilo brillante y moderno a la vez.

Jorge Luis Borges

Por unos días fué nuestro huésped Jorge Luis Borges, uno de los más representativos elementos de la juventud literaria argentina y director, con Francisco Luis Bernández y Brandán Carafa de la gran revista «Proa», a la vanguardia de las nuevas tendencias literarias y artísticas. Borges que es un poeta originalísimo y un prosista de sólida estructura, es un encantador «causer» y compañero nervioso, brillante y mordaz muchas veces. Lamentamos que su estada en nuestra ciudad haya sido tan breve lo que limitó necesariamente los homenajes que le teníamos preparados. Así y todos nos reunimos con él en fraternal agape en el Hotel del Prado y ambulamos en repetidas ocasiones por calles y playas de Montevideo cambiando ideas e impresiones. Nuestros votos para que él y su señorita hermana, la renombrada dibujante Norah Borges que lo acompañaba, vuelvan pronto y con mayor detenimiento, a visitarnos.

Al Consejo D. de Correos y Telégrafos

Queremos llamar la atención de la principal autoridad de Correos y Telégrafos respecto a la forma pésima y contraria a nuestros intereses en que se reparte nuestra revista. La mitad, aproximadamente, de los ejemplares que se llevan al correo y por los cuales se paga la estampilla que señala la ley, no llegan a su destino. Diariamente tenemos quejas de los suscriptores a los que no llega la revista. Como eso indica la existencia de una irregularidad que debe hacerse cesar de inmediato y conspira en contra del buen nombre de una de nuestros principales reparticiones de servicio público, lo damos a conocer ahora esperando que se tomen medidas energicas capaces de evitar que sigan desapareciendo los ejemplares de «La Cruz del Sur» y de asegurar al suscriptor el recibo de lo que tiene pleno derecho a recibir.

LA ADMINISTRACION.

Homenaje a los Guillot Muñoz

El brillante y merecido éxito obtenido dentro y fuera del país por el libro de nuestros compañeros Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, «Lauréamont y Laforgue», nos decidió a organizar un homenaje de simpatía que consistió, como sucede casi siempre en estas cuestiones, en una cena que les brindamos en el «Restaurant Sportman». Enredor de una bien servida mesa nos sentamos unos cincuenta comensales, número extraordinario en demostraciones de esta clase. Demás está decir que la alegría reinó en todo momento y que Alvaro y Gervasio recibieron pruebas del aprecio y de la admiración que han despertado en nuestro medio, tan reacio por lo general para reconocer los valores literarios y artísticos.

Asistieron al acto: José Pedro Bellán, Juan Mario Magallanes, doctor Mario Esteban Crespi, Gervasio Furest, Arturo Lezama, Héctor Villagrán Bustamante, doctor J. C. Gómez Haedo, doctor Justo J. Mendoza, doctor Eugenio Petit Muñoz, doctor Eugenio M. Petit, Pablo De María (hijo), Guillermo Hofman Petit, Manuel Ruiz Díaz, Juan B. Clouzet, Francisco Rousserie, Carlos Casares, Pedro Rocca y Marzal, Enrique Muñoz Nin, José Cúneo, Jaime Morenza, Alberto Lasplaces, Antonio Rodríguez Varela, Juan M. Filarigas, Gonzalo Muñoz Montoro, Agustín De Ocampo, Julio V. Iturbide, Paul Minelli González, doctor Carlos Salvagno Campos, Orosmán Moratorio, Orestes Baroffio, Federico Lanau, Juan B. Pontet, Alberto Dura, Alfredo Vila, Pedro Meillet, Eduardo Dubreuil, André Goudet, doctor Emilio Oribe, Dardo Salguero de la Hanty,

doctor Lincoln Machado Rivas, Humberto Zarrilli, Mario Petillo, Luis Pedro Bonavita, Luis Gil Salguero, León Peyrou, Nicolás Fusco Sannone, Méndez Magariños, Juan Carlos Welker, Pedro Leandro Ipuche, doctor Carlos Benvenuto, René Laborde, Luis J. Supervielle y Julio Lerena Joanicó.

Adhirieron las siguientes personas: Alberto Zum Felde, Manuel de Castro, Dardo Regules, J. A. Scasso, Justino Zavala Muñiz, Enrique Dieste, Adolfo Pastor, Ester Parodi Uriarte, Paul Larraudie, Enrique Casaravilla Lemos, Juan M. Magallanes, Ildefonso Pereda Valdés, Juana de Ibarbourou, Eduardo Dieste, Mercedes Pinto, Alberto Presbisch, Eduardo Bullrich, Oliverio Girondo, Evar Méndez, Rafael B. Salguero, Luisa Luisi, Emilio Frugoni, Ofelia Machado de Benvenuto, Osvaldo Crispo Acosta, Carlos Sabat Ercasty, Plácido Bonavita, Eduardo Dualde Rubén Rojo y José P. Rodríguez.

Pedro Rocca y Marsal y Carlos Casares

Se hallan entre nosotros pasando una temporada, el pintor Pedro Rocca y Marsal y el escultor Carlos Casares. Ambos artistas son argentinos y recientemente acaban de obtener un brillante éxito con la exposición, que de sus obras hicieron en el salón Chandler de Buenos Aires.

Estos jóvenes entusiastas, piensan iniciar este año un intercambio artístico Río Platense. De Buenos Aires, enviarían una selección de cuadros y esculturas de artistas jóvenes para exponer en el salón del Ateneo y de acá se enviarían también obras de nuestros artistas para exponer en el salón de la asociación «Amigos del Arte». Es pues, una iniciativa muy loable y digna de que nuestros artistas jóvenes que quieran hacerse conocer en Buenos Aires la tengan en cuenta y se preparen. Nosotros deseamos fervientemente que ella se lleve a cabo a la brevedad posible y desde ya le auguramos el mejor de los éxitos.

La demostración a Salguero

En el Hotel Pyramides, se efectuó días pasados el banquete con que un grupo de compañeros observaban al caricaturista y pintor uruguayo Dardo Salguero Dela Hanty, con motivo del éxito artístico que obtuviera la exposición que de sus obras hizo en los salones del Ateneo.

Se ratificó de esta manera el prestigio que en nuestro ambiente goza el artista compatriota, ya consagrado por la crítica argentina como uno de los valores más serios entre los que han realizado obra definitiva. Fué, pues, la demostración que nos ocupa, un justo y simpático homenaje al talento y dedicación de Salguero Dela Hanty, que ha sabido triunfar en el ambiente de indiferencia que rodea a nuestros artistas e intelectuales.

SECTION FRANÇAISE

Directeurs: GERVASIO et ALVARO GUILLOT MUÑOZ



PORTRAIT DE M. ALVARO GUILLOT MUÑOZ
BOIS DE MELCHOR MENDEZ MAGARIÑOS

Bateau ivre

Comme je descendais des Fleuves impassibles,
Je ne me sentis plus guidé par les haleurs:
Des Peaux-Rouges criards les avaient pris pour cibles,
Les ayant cloués nus aux poteaux de couleurs.

J'étais insoucieux de tous les équipages,
Porteur de blés flamands ou de cotonnages.
Quand avec mes haleurs ont fini ces tapages,
Les fleuves m'ont laissé descendre où je voulais.

Dans les ciapotements furieux des marées,
Moi, l'autre hiver, plus sourd que les cerveaux d'enfants,
Je courus; et les Péninsules démarrés
N'ont pas subi tohu-bohus plus triomphants.

La tempête a bénî mes éveils maritimes.
Plus léger qu'un bouchon j'ai dansé sur les flots
Qu'on appelle rouleurs éternels de victimes,
Dix nuits, sans regretter l'oeil niais des falots.

Plus douce qu'aux enfants la chair des pommes sures,
L'eau verte pénétra ma coque de sapin
Et des taches de vins bleus et des vomissures
Me lava, dispensant gouvernail et grappin.

Et dès lors je me suis baigné dans le poème
De la mer infusé d'astres et lactescents,
Dévorant les azurs verts où, flottaison blême
Et ravie, un noyé pensif, parfois, descend;

Où, teignant tout à coup les bleutés, délires
Et rythmes lents sous les rutilements du jour,
Plus fortes que l'alcool, plus vastes que vos lyres,
Fermentent les rousseurs amères de l'amour!

Je sais les cieux crevant en éclairs, et les trombes
Et les ressacs et les courants; je sais le soir,
L'aube exaltée ainsi qu'un peuple de colombes,
Et j'ai vu quelquefois ce que l'homme a cru voir.

J'ai vu le soleil bas taché d'horreurs mystiques
Illuminant de longs figements violettes,
Pareils à des acteurs de drames très antiques,
Les flots roulant au loin leurs frissons de volets.

J'ai rêvé la nuit verte aux neiges éblouies,
Baisers montant aux yeux des mers avec lenteur,
La circulation des sèves inouies
Et l'éveil jaune et bleu des phosphores chanteurs.

J'ai suivi des mois pleins, pareille aux vacheries
Hystériques, la houle à l'assaut des récifs,
Sans songer que les pieds lumineux des Maries
Pussent forcer le muffle aux Océans poussifs.

J'ai heurté, savez-vous ? d'incroyables Florides,
Mélant aux fleurs des yeux de panthères aux peaux
D'hommes, des arcs-en-ciel tendus comme des brides,
Sous l'horizon des mers, à de glauques troupeaux.

J'ai vu fermenter les marais, énormes nasses
Où pourrit dans les jones tout un Léviathan,
Des écroulements d'eaux au milieu des bonaces
Et les lointains vers les gouffres cataractant!

Glaciers, soleils d'argent, flots nacreux, cieux de braises,
Echouages hideux au fond des golfs bruns
Où les serpents géants dévorés des punaises
Choient des arbres tordus avec de noirs parfums!

J'aurais voulu montrer aux enfants ces dorades
Du flot bleu, ces poissons d'or, ces poissons chantants.
Des écumes de fleurs ont bénis mes déradas
Et d'ineffables vents m'ont ailé par instants.

Parfois, martyr lassé des pôles et des zones,
La mer, dont le sanglot faisait mon roulis doux,
Montait vers moi ses fleurs d'ombre aux ventouses jaunes;
Et je restais ainsi qu'une femme à genoux,

Presqu'île ballottant sur mes bords les querelles
Et les fientes d'oiseaux clabaudeurs aux yeux blonds,
Et je voguais lorsqu'à travers mes liens frêles
Des noyés descendaient dormir à reculons.

Or moi, bateau perdu sous les cheveux des anses,
Jeté par l'ouragan dans l'éther sans oiseau,
Moi dont les Monitors et les voiliers des Hansas
N'auraient pas repêché la carcasse ivre d'eau,

Libre, fumant, monté de brumes violettes,
Moi qui trouvais le ciel rougeoyant comme un mur
Qui porte, confiture exquise aux bons poètes,
Des lichens de soleil et des morves d'azur,

Qui courrais taché de lunules électriques,
Planche folle, escorté des hippocampes noirs,
Quand les Juilletts faisaient crouler à coups de triques
Les cieux ultramarins aux ardents entonnoirs,

Moi qui tremblais, sentant geindre à cinquante lieues
Le rut des Béhémons et des Maelstroms épais,
Fileur éternel des immobilités bleues,
Je regrette l'Europe aux anciens parapets.

J'ai vu des archipels sidéraux ! et des îles
Dont les cieux délivrés sont ouverts au vogueur.
Est-ce en ces nuits sans fond que tu dors et t'exiles,
Million d'oiseaux d'or, ô future Vigueur ?

Mais, vrai, j'ai trop pleuré. Les aubes sont navrantes,
Toute lune est atroce et tout soleil amer.
L'âcre amour m'a gonflé de torpeurs envirantes.
O que ma quille éclate ! O que j'aille à la mer !

Si je désire une eau d'Europe, c'est la flache
Noire et froide où vers le crépuscule embaumé
Un enfant accroupi, plein de tristesse, lâche
Un bateau frêle comme un papillon de mai.

Je ne puis plus, baigné de vos langueurs, ô lames,
Enlever leur sillage aux porteurs de cotons,
Ni traverser l'orgueil des drapeaux et des flammes,
Ni nager sous les yeux horribles des pontons !

Jean — Nicolas — Arthur Rimbaud.

« Le cas Rimbaud » est encore une pierre de touche.

On en parle à travers la longue traînée de pétrole et de matières phosphorescentes qui traversent les deux hémisphères. Une force tangible se développe pour établir le commerce d'idées à travers les zones où l'homme se livre à orienter et à cimenter la Poésie. Une émanation de lyrisme pur se réfracte dans les couches de la conscience et se prolonge au milieu d'une atmosphère qui dépasse les bornes du pouvoir esthétique.

Jean — Nicolas — Arthur; le plus jeune des « maudits »; le plus audacieux pour déconcerter l'art et le mener loin du domaine académique.

Il pressent la vigueur sans secousses du démarrage électrique, les ondes des vitesses vertigineuses enregistrées dans les vélodromes et l'essor de la navigation des avions de chasse.

Un adolescent qui frappe le monde par la force et par l'esclandre de son lyrisme renouvelé.

Charleville, avec ses tanneries, sa rue Napoléon et son église romane.

Charleville, perdue dans les Ardennes, a su donner à l'Occident le prodige d'un ange redoutable.

L'art de Rimbaud n'est pas seulement une clef pour ouvrir les portes donnant sur des confins inconnus; l'Art de Rimbaud est un belier puissant qui perce des murailles, renverse des façades et porte son flambeau dans l'intérieur des paradis ténébreux.

Malheur à ceux qui ne voient en lui qu'un dévoyé.

Nuit de L'Enfer

« J'ai avalé une fameuse gorgée de poison. — Trois fois bâti soit le conseil qui m'est arrivé ! — Les entrailles me brûlent. La violence du venin tord mes membres, me rend difforme, me terrasse. Je meurs de soif, j'étouffe, je ne puis crier. C'est l'enfer, l'éternelle peine ! Voyez comme le feu se relève ! Je brûle comme il faut. Va, démon !

J'avais entrevu la conversion au bien et au bonheur, le salut. Puis-je décrire la vision, l'air de l'enfer ne souffre pas les hymnes ; C'étaient des millions de créatures charmantes, un suave concert spirituel, la force et la paix, les nobles ambitions, que sais-je ?

Les nobles ambitions ! »

L'Art de Rimbaud impose sa grandeur avec l'irrésistible insouciance du feu qui dévore les plaines herbeuses et foisonnantes.

Comme Lautréamont, Rimbaud est hors du monde, mais son cas devient transparent quand on considère qu'*Une Saison en Enfer* a vu le jour cinq ans après *Maldoror*.

Une étape se précise. Un décor rouge où la vérité démasque les oripeaux d'arrière saison et les habitudes vieillotes.

Rimbaud — Purgatoire à perte de vue; floraison transcendente; compléxité du jeu des ombres et des lumières luttant dans une atmosphère de songe d'or et de planète aux entrailles ocrees et fiévreuses.

Le sens du symbole trouve sa véritable ondulation, sa richesse, son simoun. Le Parnasse a été pour Rimbaud un simple jeu d'homme curieux, de chercheur de sensations esthétiques.

La poésie a été pour lui un accès dont la fécondité nous apporte encore des sons nouveaux. Mystagogue violent, il a initié l'aboulique Lélian dans la turpitude et l'avilissement.

Il a su mieux que tout autre poète idolâtrer le sacrilège, la flanerie et la paresse active.

Il est « plus oisif que le crapaud », plus jaloux qu'une gonzesse.

Précocité faite de mépris et de génie. Son regard long fouille le nombril de Byzance et de Sodome, sans perdre son courage de condottiere.

Il flagelle la discipline dans la culture.

Quoique costaud, son allure est gauche et farouche; ses cheveux ondulés; l'œil clair, la bouche épaisse, l'accent ardennais, il a su être bon comédien et patriote par accident.

« Assez ! voici la punition. — *En marche ! Ah !* Les poumons brûlent, les tempes grondent ; La nuit roule dans mes yeux, par ce soleil ! Le cœur les membres.... Où va-t-on à au combat ? Je suis faible ; Les autres avancent. Les outils, les armes... le temps !

Feu ! feu sur moi ! Là où je me rends. !

— Lâches ! Je me tue ; Je me jette aux pieds des chevaux !

Ah !

— Je m'y habituerai.

Ce serait la vie française, ce sentier de l'homme ! »

20 Octobre 1854 — 10 Novembre 1891: trente sept années d'activité vitale, de déplacements variés et de métiers divers.

Il pressent la divinisation de la liberté dans le sens le plus pur. Sa personnalité se dévoile depuis son adolescence. Poète, aventurier composite, il avance dans la vie avec la certitude des élus.

Très jeune, il se rendit à Paris, où il connut Verlaine et Banville. Ses voyages à Londres et à Bruxelles avec le poète de la *Bonne Chanson* sont troublés par l'inquiétude, la violence et des coups de revolver à brûle-pourpoint. (1873). Ce fut alors que la vie nomade d'Arthur se précisait à travers les séjours en Scandinavie, où il obtint l'emploi de contrôleur du cirque Loisser. Professeur en Angleterre, étudiant en Allemagne, flâneur en Belgique, il visita les îles de la Sonde, se rendit en Hollande pour s'engager après dans l'armée royale destinée à Sumatra. Il séjourna à Chypre, en Egypte, au Cap Gardafui, au Harrar, où il fit le commerce de l'ivoire et prit la direction d'une fabrique de cartouches destinée à ravitailler Ménélik. Plus tard, il fit la contre bande des fusils et des baïonnettes.

C'est la vie d'un homme poussée toute en profondeur.

En possession d'une fortune considérable, il rentra en France en 1890 et mourut quelques mois après à l'Hôpital de Marseille, à la suite d'une chute et d'une amputation.

A dix-neuf ans il avait renoncé à la littérature, après avoir laissé un problème à résoudre et des fruits capables de nourrir plusieurs générations.

Comme tout le monde, il a coudoyé les romantiques et les naturalistes; comme tout le monde il réagit contre Hugo et Zola.

Mère des cubistes, de Dada et du Surréalisme, Rimbaud a su renifler les richesses inimaginables de l'inconscient, source de toute poésie pure et barrage à la notation périphérique et quotidienne.

Le symbolisme de Rimbaud est intérieur, orienté loin du lyrisme aux images externes et aux situations concrètes. Il refuse la musique facile, la tonalité exclusive, la mélodie rhétorique.

Solde

« A vendre ce que les Juifs n'ont pas vendu, ce que noblesse ni crime n'ont goûté, ce qu'ignorent l'amour maudit et la probité infernale des masses! ce que le temps ni la science n'ont pas à reconnaître:

Les Voix reconstituées; l'éveil fraternel de toutes les énergies chorales et orchestrales et leurs applications instantanées; l'occasion unique, de dégager nos sens!

A vendre les corps sans prix, hors de toute race, de tout monde, de tout sexe, de toute descendance! Les richesses jaillissant à chaque démarche! Solde de diamants sans contrôle!

A vendre l'anarchie pour les masses; la satisfaction irrépressible pour les amateurs supérieurs; la mort atroce pour les fidèles et les amants!

A vendre les habitations et les migrations, sports, fériées et confort parfaits, et le bruit, le mouvement et l'avenir qu'ils font!

A vendre les applications de calcul et les sauts d'harmonie inouïs. Les trouvailles et les termes non soupçonnés, — possession immédiate.

Elan insensé et infini aux splendeurs invisibles, aux délices insensibles,—et ses secrets affo-

lants pour chaque vice—et sa gaieté effrayante pour la foule.

A vendre les corps, les voix, l'immense opulence inquestionnable, ce qu'on ne vendra jamais. Les vendeurs ne sont pas à bout de solde! Les voyageurs n'ont pas à rendre leur commission de si tôt».

(ILLUMINATIONS).

La fièvre aux mains et au visage, la fièvre au cerveau, le besoin de se placer au dessus de la nature, le mépris du commun l'aversion aux cénales font d'Arthur Rimbaud le frère d'Isidore Ducasse.

Imagination en éveil unie au culte des passions interdites. Langue d'une perfection et d'une harmonie toute classique. Mysticisme primitif. Socialisme de Georges Izambard.

Pour Rémy de Gourcourt, Rimbaud « a cette sorte de talent qui intéresse sans plaisir; mais nous lisons aujourd'hui Rivière, Coulon, Verlaine, Paterne Berrichon, Delahaye et Claudel qui déclarent devoir aux Illuminations sa conversion au cathoticisme.

Rimbaud supplie le Christ de lui accorder « noblesse et liberté», mais il ne se lasse pas de renifler l'enfer.

La bénédiction de la Sainte Vierge a toujours attiré le poète dans les moments de ferveur, et il est arrivé à « attendre Dieu avec gourmandise».

Il saisit le pittoresque pour arriver aux suprêmes effets des valeurs des mots.

Une Saison en Enfer est un coffret qui renferme une autobiographie dégagée et une prose unique.

Son style et son dédain se dressent par un abandon de son âme souveraine et dominatrice, par une très pure ascension vers une destinée miraculeuse.

ALVARO GUILLOT MUÑOZ.

AVISO IMPORTANTE

La zapatería del "GOLFO DE SPEZIA" invita al público en general a visitar esta casa y encontrarán en ella toda clase de calzados sólidos y elegantes marca "ARIEL". Especialidad en medidas para pies delicados o defectuosos. Se atienden órdenes de La Mútua Militar y Usina Eléctrica

Ruego vean precios en vidriera con 20 o/o de rebaja

Crescenzo Palladino

URUGUAY 874 casi ANDES
Frente a S. Correos

ASTRERÍA "LA ELEGANCIA" DE JOSÉ ALOIA E HIJO

Trajes a la Americana — Corte elegante estético y cómodo — Casa reputada en la confección de Smockings, Fracs y Trajes de recepción y de casamientos

PRECIOS MÓDICOS

AV. 8 DE OCTUBRE 3814 - UNION

Teléf. La Uruguaya 220 - Unión

Liceo "Nicolás Piaggio"

Clases magisteriales,
Universitarias, Comerciales,
Ingreso, etc.

Directores: Srs. Onofre Rodríguez y Juan A. Regules

Mercedes 1219

Montevideo

¿Quiere Vd. oír buena música?

YENDO A LA CONFITERIA

ELITE

LO CONSEGUIRA

ORQUESTA FORMADA
POR EL EXIMIO TRIO RUSO

ALPERRIF
PIANO

GOFFMAN
VIOLONCELLO

ZITTOFF
VIOLIN

Recién llegado de Europa, del

Teatro Imperial de Petrogrado

18 DE JULIO 1210

COMMERCE

Cahiers trimestriels publiés par les soins de

PAUL VALÉRY,

LEON-PAUL FARGUE

VALERY LARBAUD

Redaction et Administration:

160, rue du Faubourg-Saint-Honoré

PARIS VIII^e

Tel.: Elysée 16-43



UNITED STATES
URUGUAY 901
MONTEVIDEO



NEUMATICOS
ROYAL CORD
SON BUENOS NEUMATICOS